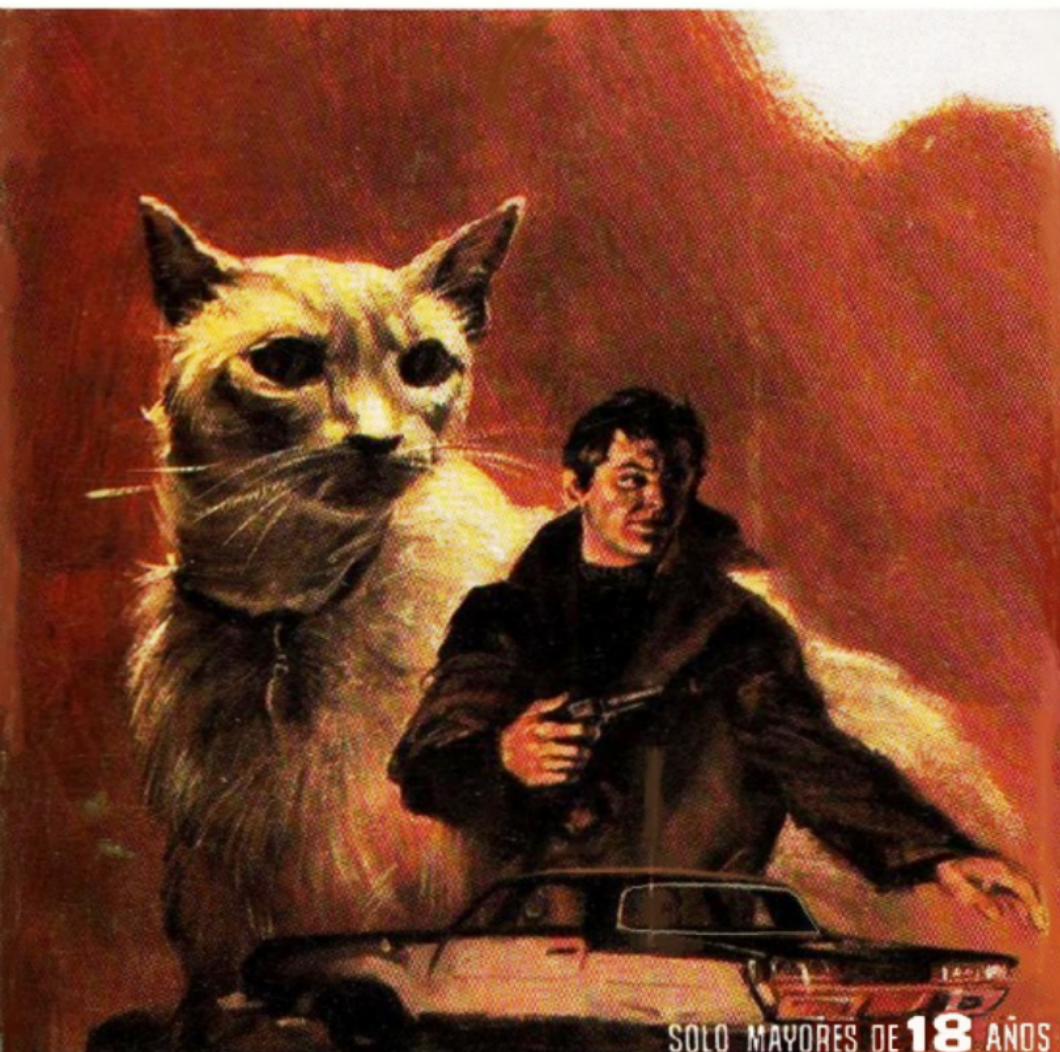


BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

CALLES SANGRIENTAS

Clark Carrados



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

CLARK CARRADOS

Calles sangrientas

Colección PUNTO ROJO nº 1064. Bruguera – sept/1982

CAPÍTULO PRIMERO

Las últimas defensas de la fortaleza habían cedido o estaban a punto de ceder. Al menos, así pensaba Vic Lester, mientras hacía acopio de bebidas para la noche, en que celebraría el éxito de su asedio.

La fortaleza se rendiría, inevitablemente. Había costado bastante, aunque menos de lo esperado. «Tal vez es que soy un chico muy atractivo y resulto irresistible», pensó Lester, con una punta de ironía, ya que no era nada orgulloso. Pero la frase casi resultaba lógica en aquellas circunstancias.

Ella era muy guapa y su resistencia había sido notable, aunque, en ocasiones. Lester sospechaba que había habido bastante de formulismo en las cada vez más débiles negativas. De todos modos, no le importaba en absoluto.

El objetivo se había cumplido. A la noche, aquella hermosa dama sería suya, caería rendida en sus brazos y...

—Son sesenta dólares y cincuenta centavos, señor —dijo la cajera de la tienda de licores, arrancándole a los rosados sueños en que se había sumido.

—Oh, perdone —se disculpó Lester—. Estaba distraído.

La cajera sonrió comprensivamente y bajó la mirada hacia su nada moderado escote. Lester miró también en aquella dirección. Los dos sonrieron.

«Pues tú tampoco estás nada mal, pequeña», se dijo Lester. Si un día le fallaba su última conquista, sería cuestión de volver a comprar más licores en aquella tienda.

Pagó el importe de la compra y, con una gran bolsa de fuerte papel en las manos, se dirigió a la calle.

El coche se hallaba estacionado un poco más abajo. Ahora, regresaría a su casa y prepararía todo para cuando acudiese la bella a dejarse arrullar por sus promesas de amor. Le juraría amor eterno, no faltaría más, un amor que duraría hasta la semana próxima, o quizá hasta el mes venidero. A lo mejor, ella se lo creía. En tal caso, sería ocasión de tomar las medidas oportunas.

Emplearía el mismo truco que con su última conquista. Un viaje al Polo en bicicleta. Ella se lo había creído porque Lester le había enseñado un periódico en el que se anunciaba el que era un viaje poco menos que suicida, que iba a ser emprendido próximamente por un arriesgado aventurero. Lo que la bella no sabía era que Lester tenía un buen amigo en la imprenta de un periódico, que le había confeccionado una primera plana falsa con aquel disparatado viaje.

Aún guardaba el periódico. Quizá no le hiciera falta emplearlo de nuevo. Se despedirían como buenos amigos, jurándose amistad imperecedera y prometiendo no olvidar jamás las horas de pasión.

vividas...

Algo quebró por segunda vez los etéreos sueños de Lester y en esta ocasión no fueron la sonrisa y el escote de una cajera.

Sonó un tiro.

La gente empezó a chillar y se dispersó en todas direcciones. Estalló un segundo disparo.

Lester, parado en medio de la acera, con la bolsa llena de botellas en las manos, contempló hipnotizado una escena que parecía arrancada de una película de vaqueros.

Los contendientes eran dos jóvenes, de largas melenas, uno en mangas de camisa y el otro con una cazadora azul. Ambos disponían de sendos revólveres y se tiroteaban furiosamente a menos de doce pasos de distancia.

Lester estaba casi en el centro de los contendientes. Por un momento, no supo qué hacer, si tenderse en el suelo o echar a correr. Si se tiraba rápidamente a tierra, podía romper las botellas. Si corría... las balas eran más rápidas...

Los acontecimientos subsiguientes le sacaron de dudas. Entre sus brazos sonaron de repente unos ruidos muy extraños.

Las botellas empezaron a romperse. Había dos de champaña y estallaron fragorosamente. Sus estallidos rompieron las restantes.

Los contendientes cayeron al suelo, cubiertos de sangre. Paralizado por la estupefacción. Lester bajó la vista y contempló los regueros de líquido de distintas clases que salían de la bolsa, en la que ya sólo quedaban vidrios rotos.

Una bala, por lo menos, había roto una de las botellas de champaña. La otra había explotado y su estallido había destrozado las restantes.

La bolsa cayó al suelo de unas manos sin fuerza. Lester estaba a punto de echarse a llorar.

Luego miró alternativamente a derecha e izquierda. Los dos muchachos yacían en el suelo, de espaldas.

Uno de ellos, sin embargo, se incorporó de pronto. Todavía tenía el revólver en la mano. Babeando imprecaciones, disparó el último tiro contra su rival. Luego cayó de espaldas y se quedó inmóvil.

Lester comprendió que el inesperado suceso le había estropeado la fiesta. Pero aún había quien se hallaba en peores condiciones que él.

Miró alternativamente a derecha e izquierda. Los dos jóvenes parecían muertos.

—La gente se ha vuelto loca —masculló.

Tardó bastante en poder regresar a su apartamento y cuando lo hizo fue para recibir una noticia poco agradable.

—Querido, no podré ir —dijo ella—. Mi marido regresa hoy mismo...

Lester lanzó un resoplido de ira.

—Tu marido... No me dijiste que estuvieras casada...

—Me dio apuros confesarlo... Otro día te llamaré, encanto. Espérame y no te arrepentirás, queridito.

Lester tiró el teléfono sobre la horquilla.

—Lo que me faltaba —clamó.

Pero era joven y sabia curar muy pronto cierta clase de heridas. El inesperado tiroteo le había dejado sin botellas. ¿Por qué no comprar otras?

La cajera de la tienda resultó una magnífica sustituta. Al día siguiente. Lester pensó que había sido un idiota al perder tanto tiempo en conquistar a una dama que, además de poca palabra, tenía marido. La cajera también, pero se iba a divorciar.

* * *

El jarrón le gustó. Era grande, de casi ochenta centímetros de altura, panzudo, de barro vidriado, con unos extraños dibujos que parecían trazados por algún artista de la época rupestre. El precio era un poco elevado, pero en aquellos momentos, andaba bien de fondos y pensó en el efecto decorativo que haría el jarrón en su apartamento.

—No se hable más, me lo quedo —dijo.

Sacó el talonario de cheques, firmó uno y lo entregó como importe de la compra. Luego cargó con el jarrón.

—¿No quiere que se lo envolvamos? —sugirió el vendedor.

—No hace falta —sonrió Lester—. Tengo el coche muy cerca y lo pondré en el asiento posterior. Mi casa está cerca y llegaré antes de diez minutos.

—Muy bien, señor, como guste.

El dependiente le abrió la puerta porque Lester, lógicamente, tenía ambas manos ocupadas. El joven echó a andar por la acera en busca de su automóvil.

—Llego junto al coche, dejo el jarrón en el suelo, porque si lo sostuviera con una sola mano podría caérseme; abro la portezuela, lo coloco en el asiento posterior, como si fuese un niño de pocos años y...

Bruscamente, a pocos pasos de distancia, sonó un estampido.

Lester volvió la cabeza. El disparo había sonado en el interior del banco que se hallaba a diez pasos de distancia.

Sonaron más disparos. La gente se dispersó corriendo y gritando frenéticamente.

Tres hombres salieron del banco, con las pistolas en la mano, disparando encarnizadamente contra el interior del establecimiento. Otra vez más. Lester permaneció como clavado en el suelo, sin acertar a tomar una decisión.

Los ladrones huyeron en dirección a un coche que esperaba junto a la acera, sin dejar de hacer fuego. Repentinamente, algo estalló junto al

pecho de Lester.

Pasmado de asombro, oyó ruido de trozos de barro que caían al suelo. De pronto, se encontró con que sólo tenía en las manos un grueso disco de barro cocido, de bordes muy irregulares.

Entonces comprendió que una bala había hecho saltar el jarrón en pedazos.

—¡Oh. No, otra vez no! —gritó, terriblemente furioso.

Los forajidos alcanzaban ya el coche. Dos penetraron en el interior. El tercero, que tenía en la mano izquierda una gruesa bolsa de lona, se volvió un instante.

Algo cegó a Lester. Casi sin saber qué hacía agarró el grueso disco de barro, que era la base del jarrón y todo cuanto le quedaba del objeto decorativo, y lo tiró hacia adelante con todas sus fuerzas.

El disco alcanzó al atracador en pleno pecho y lo hizo tambalearse. En aquel momento, un hombre uniformado salió del banco y empezó a tiros con los ladrones.

El coche arrancó con terrible chillido de gomas. El atracador alcanzado por Lester cayó al suelo. Levantó la mano armada, pero un nuevo disparo del guarda lo dejó exánime sobre el asfalto.

El vigilante se precipitó hacia el ladrón y le dio la vuelta con el pie. Luego recobró la bolsa con el dinero y se volvió hacia el joven.

—Señor, ha sido usted —dijo—. Le tiró algo y lo hizo caer.

—Pues... sí, me puse furioso...

El guarda levantó la bolsa de lona.

—El Banco se lo agradecerá, créame. Gracias a usted, hemos recobrado el botín que se llevaban esos hijos de perra. Es usted un valiente ciudadano y merece el aplauso y la gratitud de las gentes de bien.

En aquel momento. Lester recordó la historia del valeroso hombre que había salvado al que se ahogaba en el lago. Le consideraron un héroe, pero alguien le había empujado al agua. A él le pasaba algo por el estilo. No había sido su espíritu cívico el que le había impulsado a evitar en parte el atraco. Lo había hecho la furia que le había producido el saberse sin su preciado jarrón.

El atracador había muerto. Se llamaba Jack Peckew y no era la primera vez que intervenía en una acción semejante. Sin embargo, nunca se había desplegado tanta violencia como en aquella ocasión. Dos clientes del Banco habían resultado muertos, tres más heridos y el otro vigilante se debatía entre la vida y la muerte.

El Banco se portó bien con Lester. La acción del joven les había hecho recuperar más de doscientos mil dólares y Lester recibió una sustanciosa gratificación de diez mil. Pero el jarrón era ejemplar único y no pudo reponerlo.

CAPÍTULO II

Escuchaba distraídamente las noticias, sentado frente al televisor, con una lata de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. El locutor hablaba de la extraña fiebre de violencia que parecía haberse adueñado de la ciudad.

En los últimos días se habían producido numerosos hechos violentos. Había habido varios muertos. El locutor aseguraba que las calles estaban bañadas en sangre.

También se preguntó si la influencia de la primavera tendría algo que ver con aquella inesperada explosión de violencia. O tal vez era la luna, con unos efectos insospechados hasta entonces.

Un psiquiatra, un psicólogo y un sociólogo trataron de interpretar a su modo las sangrientas reacciones de la gente. A Lester no le convencieron ninguna de las explicaciones de aquellos sujetos, a quienes mentalmente calificó de pedantes abstrusos, que sólo hablaban para escucharse a sí mismos, sin proponer una solución medianamente aceptable.

—Hablan como las ranas, croan y croan y croan...

Tocó con el pulgar el botón de cierre de su caja de control remoto y se puso en pie. En aquel instante, sonó el teléfono.

—Lester —dijo, después de levantarlo.

—Oiga, usted es el tipo que lanzó algo contra Jack Peckew, impidiéndole que escapara después del asalto al Banco, ¿no es así?

—Tuve ese honor, en efecto —contestó el joven—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Theo Peckew. Mi hermano murió por su culpa y, además, perdimos doscientos mil «pavos». Lo pagará cuando menos lo espere. Lester. Adiós.

El joven se quedó mirando el teléfono como si fuese una serpiente venenosa. ¿Cómo diablos había sabido Peckew su dirección?

No tardó en encontrar la respuesta. Los periódicos habían hablado de él, escrito su nombre... Había una guía de teléfonos y Theo Peckew, lógicamente, no era analfabeto.

Acabó por encogerse de hombros.

—Bah, una broma de mal gusto —dijo.

Peckew volvió a llamarle al día siguiente.

—Ayer olvidé decirle una cosa. Lester.

—Sí, ya me lo imagino. No sabe quién es su papá, ¿verdad? —contestó el joven burlonamente.

Al otro lado de la línea sonó un aullido de furor. Luego, Peckew dijo:

—Mi hermano murió por su culpa. Los Peckew no olvidamos jamás una ofensa...

—¡Váyase al infierno! —contestó Lester abruptamente.

Y colgó.

Pero luego se sintió muy preocupado. No era un experto psicólogo, como los que habían desfilado continuamente por la radio y la televisión, tratando de explicar lo que sucedía, pero sí conocía lo suficiente el alma humana para darse cuenta de que Theo Peckew era un sujeto ruin, rencoroso y con los sentimientos de una hiena. Seguramente, no pararía hasta haber vengado a su hermano...

«Pero, naturalmente, no lo voy a consentir», pensó.

Peckew había amenazado con matarle. Lógicamente, debía defenderse.

Pero alguien había dicho que la mejor defensa era un buen ataque. ¿Por qué no poner en práctica un aforismo tan interesante?

Sin pérdida de tiempo. Lester empezó a pensar en la mejor manera de pasar al ataque y contrarrestar así los torvos propósitos de Theo Peckew.

* * *

El hombre se deslizó cautelosamente por el pequeño jardín que rodeaba la casa donde vivía Lester. Los ojos del dueño de la vivienda captaron la imagen del intruso.

Lester sonrió en las tinieblas. Ahora ya sabía la dirección que iba a tomar Peckew. Dejó que llegase a la ventana deliberadamente abierta y esperó al lado.

El intruso asomó medio cuerpo. Entonces, la mano de Lester cayó sobre su nuca con seco golpe de canto.

El cuerpo de Peckew se dobló instantáneamente sobre el antepecho. Lester tiró de él, lo dejó en el suelo, corrió las cortinas y luego encendió la luz.

El sujeto se agitó inconsciente todavía. Lester lo registró, encontrándole un revólver y una bomba de mano.

—Cualquiera diría que vas a la guerra, muchacho.

El intruso despertó minutos más tarde, encontrándose atado de pies y manos. Lester estaba frente a él, con un cordel en la mano.

—No te muevas —dijo—. Estás encima de la granada, sujetando la palanca del seguro con la espalda. Puedo tirar del cordel y haré saltar esa palanca. Imagínate lo que sucederá entonces.

Los ojos del sujeto se dilataron por el horror. Su rostro se tornó del color de la cera.

—Oiga, conmigo está equivocado... Yo no quería matarle... Sólo vine a darle un susto...

Lester enarcó las cejas.

—No me digas. Theo Peckew —se burló.

—No soy Peckew. Me llamo Neil Home... Se lo juro, por lo más sagrado... ¿No ha visto mi licencia de conducir?

El tipo parecía sincero, se dijo Lester.

—¿Has dicho que querías gastarme una broma?

—Sí, señor. Me lo pidió Theo... Quiere divertirse con usted, antes de pegarle un tiro...

—¡Jesús, qué temperamentos! —se escandalizó el joven—. Theo es un sádico, ¿verdad?

—No, señor, no le gustan los hombres. Se pirra por las tías...

Lester contuvo una sonrisa.

Home confundía sádico con homosexual. En cierto modo, era digno de compasión.

—Bien, ya que estamos metidos en el jaleo, dime dónde puedo encontrar a Theo. No me engañes o tiro del cordel, ¿me oyes?

—Sí, señor... Calle Treinta y nueve. S E... Está allí escondido; le busca la Policía...

—Me lo imagino. También a ti te buscan, ¿verdad?

Home guardó silencio. Lester comprendió sus pensamientos. Habían muerto varias personas y las perspectivas que le aguardaban no tenían nada de agradables.

—Está bien —dijo al cabo—. Voy a comprobar si lo que me has dicho es verdad. A ver, dobla la rodilla derecha.

Home obedeció. Lester ató el cordel, tirante, a su tobillo.

—Si estiras la pierna, liberarás la palanca del seguro dijo—. De modo que así estarás hasta que yo vuelva, ¿comprendes?

Home asintió, cubierto completamente de sudor. Lester apagó la luz y se dirigió hacia la puerta de la casa.

Sonrió para sí: la palanca de la bomba había sido reasegurada con varias vueltas de cinta aislante. Pero la granada estaba realmente bajo el cuerpo de Home, aunque, lógicamente, creí que era su propio peso lo que sujetaba aquella palanca.

Peckew estaría en su casa, aguardando la vuelta de Home. Los dos compinches se reirían mucho después, comentando el miedo que le habían hecho pasar.

«Esos son tus planes, pero tú propones... y yo dispongo», pensó torvamente, mientras se sentaba detrás del volante de su coche.

* * *

Llegó a la puerta del apartamento y escuchó unos momentos. Dentro se oía música de «rock». Una radio o un toca discos funcionaban a todo volumen.

—Debe de estar pasándolo en grande —masculló Lester.

Tanteó el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave. Empujó un poco y un torrente de sonido brotó por la abertura.

Asombrado, contempló el interior del apartamento. Peckew estaba vuelto de espaldas a la puerta, moviéndose al ritmo de la música, con un vaso mediado en una mano, ajeno a todo cuanto no fuesen los

sonidos que brotaban del altavoz.

«Una inconsciencia absoluta—, pensó Lester. Aquel hombre había cometido varios asesinatos y allí estaba, bailando solo, sin sentir el menor remordimiento, sin preocuparse por nada de lo que sucedía a su alrededor...

Terminó de abrir y se acercó lentamente a Peckew.

—Theo —dijo.

El otro empezó a volverse. Lester le arreó un espantoso derechazo, mandándolo contra un diván con tremenda violencia. Peckew, sin embargo, no había perdido el sentido y trató de levantarse.

Lester le golpeó de nuevo, ahora con la izquierda, y remató con un seco derechazo al mentón, que dejó al sujeto sin sentido. Luego lo registró cuidadosamente, quitándole un revólver de pavoroso aspecto. Fue al tocadiscos y lo paró. El estruendo del rock cesó de inmediato. A continuación se acercó al teléfono.

En aquel instante, oyó una voz femenina en la puerta.

—Perdone, creo que me he equivocado...

Lester se volvió. Una hermosa muchacha, de pelo dorado, estaba en el umbral, con rostro un tanto conturbado.

—¿Busca a este pájaro, chica? —preguntó, a la vez que señalaba al inconsciente Peckew.

—No, no... Ni siquiera le conozco... Pero creí que estarla aquí... ¿Quién es usted?

—Vic Lester, encanto. ¿Cuál es tu nombre?

—May Hickock. Ando buscando a...

Ella se mordió los labios repentinamente. Lester frunció el ceño.

—¿Por qué no hablas de una vez? ¿Acaso eres la amiguita de este miserable?

—¡Oh, no, en absoluto! Jamás lo había visto hasta ahora. La persona a la que busco es...

De pronto, May reparó en la puerta y se puso una mano en la boca.

—Dispense, señor Lester, me he equivocado de apartamento.

Lester chasqueó los dedos.

—Esfúmate, muñeca.

May desapareció. Lester levantó el teléfono y se puso en contacto con la Jefatura de Policía.

Peckew despertó cuando acababa de hablar. Miró al joven con furia.

—Oiga, ¿por qué me ha pegado? —barbotó—. Yo no le conozco, no le he hecho nada.

—¿No? ¿No me llamaste por teléfono para anunciar que ibas a vengar la muerte de tu hermanito?

Los ojos de Peckew se dilataron por el asombro.

—¡Lester! —exclamó.

Intentó levantarse, pero el joven le encañonó con su propio revólver.

—Si mueves una sola pestaña, te abraso las tripas —dijo.

Peckew se puso a sudar.

—Oiga, no creerla lo que le dije... Fue una broma, tenía ganas de divertirme.

—Ahora te divertirás mucho más. Toda la vida te divertirás... picando piedra en la cantera de un penal, por supuesto.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó el sujeto.

—Muy sencillo, la Policía está a punto de llegar.

En aquel momento, se oyeron los golpes de unos nudillos en la puerta.

—Pasen, señores agentes —gritó Lester.

La puerta se abrió.

—Perdone —dijo la chica—. El otro apartamento está vacío...

Lester levantó los ojos.

—Nena, pareces un sello de Correos —dijo—. ¿Qué diablos quieres ahora?

—Disculpen... Sólo quería saber si han visto a un hombre de unos cincuenta años, casi calvo, con lentes de montura de oro, más bien bajo...

—No, no lo hemos visto —contestó Lester de mal talante—. Oye, ¿por qué no te largas y nos dejas solos de una vez?

—Disculpen, no quería molestarles.

May lanzó una mirada al revólver que Lester tenía en la mano y se estremeció. De pronto, Peckew lanzó un grito:

—Oiga, señora... Quizá yo sepa decirle dónde está ese tipo.

May se volvió rápidamente.

—¿Si? Dígamelo, por favor.

—Lo haré, si le pide a este tipo que deje de apuntarme con su maldita pistola.

—Ni hablar —contestó Lester. Se lo dices si quieres y si no, que se marche con viento fresco.

Peckew se cruzó de brazos.

—Entonces, cerraré el pico —rezongó.

La sirena de un coche de Policía de acercó rápidamente. May miró aprensiva y sucesivamente a los dos nombres y luego, bruscamente, dio media vuelta y echó a correr.

—Eres un perfecto canalla. Theo Peckew —dijo Lester—. Pienso que esa chica estaba en un apuro y tú no has querido ayudarla...

—¡Ojalá reviente! —gritó Peckew furiosamente—. ¡Ojalá revienten los dos! ¡Ojalá reviente todo el mundo!

La inesperada explosión de ira dejó asombrado a Lester, pero no tuvo tiempo de hacerse preguntas sobre aquel extraño comportamiento, porque, en aquel instante, asomaron los policías y se dispuso a explicarles lo que sucedía.

Sonó el timbre de la puerta y, rezongando entre dientes, se levantó del diván, donde, cómodamente recostado, leía una novela policíaca. Al abrir, se quedó estupefacto.

—Tú —dijo, sin poder contenerse.

May hizo un gesto con la cabeza.

—¿Puedo pasar? Desearla hablar con usted...

—No hay inconveniente, aunque no sé en qué puedo ayudarte, hermosa.

Lester se echó a un lado y cerró la puerta.

—Tengo whisky, coñac, cerveza, jerez... —recitó.

—Café, gracias.

—Muy bien. Siéntate por ahí y aguarda un momento, por favor. Estás en tu casa.

—Gracias, señor Lester.

—Me llamo Victor. Puedes decir Vic, sin ceremonias.

—Está bien. Vic.

Lester se marchó, perplejo, porque no comprendía los motivos de la presencia de May en su casa. Una cosa sí le parecía segura, ella estaba muy preocupada. ¿Tenía algo que ver Peckew con sus problemas?

Cuando estuvo hecho el café, regresó a la sala. Llenó dos tazas, sirvió una a la muchacha y dijo:

—Puedes hablar, May.

—Gracias. Estoy buscando al profesor Voorhis y no sé dónde está declaró ella.

CAPÍTULO III

Lester puso cara de extrañeza.

—¿Voorhis? Nunca he oído hablar de él —confesó.

—Es un científico notable... Desapareció hace algunos días... Dijo que iba a tomarse unas vacaciones, pero cuando hace eso, suele enviarme de cuando en cuando alguna nota escrita, para que haga tal o cual trabajo en su laboratorio. Generalmente es un hombre muy metódico y me extraña mucho que, en más de dos semanas, no haya dado señales de vida: ni siquiera una breve llamada telefónica. Eso me tiene muy inquieta, porque, repito, no es su costumbre permanecer tanto tiempo sin dar señales de vida.

—Lo siento. May —dijo él—. Nunca he visto a Voorhis, ni tampoco se me ocurre por qué has tenido que venir a verme para, presumiblemente, pedirme que te ayude.

—Bueno, tú eres detective, ¿no?

Lester saltó en su asiento.

—¿Qué has dicho. May?

—Sí, eres detective. ¿O no eres el hombre que arrestó a los dos atracadores que aún quedaban en libertad?

—Mira, muchacha... —Lester se pasó una mano por la cara—. Han ocurrido ciertos sucesos que me han producido una notoriedad muy poco agradable, y más si se tiene en cuenta que me vi envuelto en ellos sin comerlo ni beberlo. No he sido detective en mi vida ni jamás se me pasó por la imaginación ejercer esa profesión.

May puso cara de consternación.

—Y yo que creí que tú... Pues, entonces, ¿cómo arrestaste a Peckew?

—Peckew había jurado vengarse de mí, porque fui el causante indirecto de la muerte de su hermano. Incluso me lo anunció por teléfono. Naturalmente, no iba a permitirlo, así que me puse en campaña La mejor defensa es el ataque, no lo dudes.

Ella hizo un gesto de desolación con las dos manos.

—Entonces, he perdido el tiempo...

Lester le dirigió una mirada de simpatía.

—¿Tienes mucho interés en encontrar a Voorhis? —preguntó.

—Hombre, me siento alarmada. Incluso... a veces pienso si no le habrán secuestrado...

—¿Secuestrado? ¿Por qué?

—Es un científico muy notable, con unos conocimientos de electrónica poco menos que ilimitados. Además, es doctor en medicina y una notabilidad en neurocirugía. Sin contar otras habilidades, por ejemplo, la música... Sería un espléndido concertista de piano si se lo propusiera... Y, además, habla una docena de idiomas a la perfección...

—¡Pero ese hombre es una joya! —exclamó Lester—. ¿Cómo es que no lo tienen encerrado en una vitrina?

May sonrió de mala gana.

—También, a veces, es un poco distraído y se olvida por completo de dónde está. Quizá no haya sido secuestrado.

—Sí, lo clásico de los grandes sabios: también son los campeones del despiste —comentó Lester irónicamente—. Puede que se haya perdido y no sepa recordar quién es, pero, si aceptamos la tesis del secuestro, ¿por qué?

—Verás... En los últimos tiempos estaba muy preocupado. Creo que había inventado un aparato... aunque no me dio detalles, porque yo no entiendo de esas cosas... Sólo soy su secretaria. Me ocupo de la correspondencia y demás, aparte de llevarle la casa y procurar que coma y duerma a sus horas...

—Un ama de llaves muy joven —se admiró Lester.

—Sí, algo por el estilo.

—Un factótum con faldas.

—Si lo prefieres así... Bueno, volviendo a su último invento. Sé que lo probó y que se sintió espantado... Una vez le oí decir, más o menos: «No, no, no puedo permitir que esto se divulgue. Sería horroroso que se conociera su existencia...» Pero ya no he sabido más de él ni de su aparato. Al día siguiente, se marchó y ya no he vuelto a verle.

—¿No sería una bomba atómica casera? —se alarmó Lester.

—Oh, por supuesto que no —respondió May—. Repita que no sé de qué se trata, salvo que él estimaba que era algo peligrosísimo. Por eso pienso que ha podido ser secuestrado.

—Alguien quiere apoderarse de ese invento, ¿verdad?

—Debemos considerar esa posibilidad. Vic —dijo él.

—Sí, los científicos inventan unos chismes abominables, diciendo que van a salvar a la Humanidad, y luego vienen otros a los que la Humanidad les tiene sin cuidado...

—Pero no podemos volver a la Edad de Piedra. Sería horrible.

—Claro que no, pero hay, o debería haber, un término medio que... En fin, esto son elucubraciones que no nos llevarán a ninguna parte. Lo que interesa ahora es encontrar a Voorhis y su chisme diabólico.

May sonrió.

—Diríase que vas a ayudarme —observó.

—Bueno, en estos momentos, no tengo gran cosa que hacer... Dime, ¿por qué fuiste a la casa de la calle Treinta y nueve?

—Encontré una anotación con esas señas, en una agenda del profesor. La había hecho él mismo, conozco perfectamente su letra. Pensé que podría encontrarse allí, pero el apartamento estaba vado...

Lester reflexionó durante unos momentos. Luego dijo:

—May, vamos a hacer una cosa. Tú te vuelves a casita y yo iré a

inspeccionar de nuevo ese apartamento. Tal vez encuentre alguna pista, ¿comprendes?

—Podríamos tener una si Peckew se decidiera a hablar... Pero se negó a decirme nada cuando fui a visitarle a la cárcel...

—De modo que el tipo ha cerrado la boca, ¿eh?

—Sí, Vic. Le he ofrecido, incluso, costear los gastos de su defensa, pero me envió... Oh, no quiero ni pensar siquiera en las palabras tan horribles que me dijo... Parecía loco furioso...

«Loco furioso», repitió Lester mentalmente. ¿No le había dado a él la misma sensación, cuando gritaba que deseaba que todo el mundo explotase?

—May, deja a Peckew de mi cuenta. Mañana iré a verle y te garantizo que hablará como un candidato en época de elecciones.

Ella pareció sentirse más animada.

—¿Tú crees?

—Pongamos que las apuestas están cien a uno a nuestro favor contestó Lester, seguro de sí mismo.

* * *

Peckew compareció en el locutorio de la cárcel con aire desdeñoso, rebosante de orgullo, como si se sintiera el dueño del mundo. Lester le miró compasivamente, como si fuese un entomólogo y Peckew un insecto bajo su lupa.

Por otra parte, Lester se había preparado adecuadamente: traje a rayas, camisa oscura, corbata clara, zapatos impecables, guantes y bastón con puño de marfil. Con los dientes sostenía un largo cigarro, que despedía un humo inconfundible.

—Parece un figurín —se burló el preso.

—Lo soy por fuera. Por dentro soy de acero. Más de uno lo comprobó, pero ya era tarde. Tuve que gastarme un buen montón de «pasta» en flores para su tumba —contestó Lester fríamente.

—No me diga...

—Theo, dejémonos de bobadas. ¿Dónde está el profesor?

—¿Qué profesor?

Lester sacudió la ceniza del cigarro con el meñique y volvió a ponérselo en la boca.

—No voy a darte ningún plazo ni te diré: «Volveré mañana a por la respuesta» —dijo sin alterar un ápice el tono de su voz—. La quiero ahora, Theo. Métete bien esto en la cabeza. ¿Has oído hablar alguna vez de Butch *el Carnicero*?

—No, ¿quién era ese angelito?

—Tenía cuatro muertes sobre su conciencia. Danny Fairey *el Tuerto* era aún peor. Ese había hervido a su propia madre, para heredarla. Luego mató a dos tíos, tres primos y a su propia amante. Estaba

casado, su mujer le engañó y averiguó quién era el fulano y le envió a su esposa en trozos.

—Me siento aterrado —dijo Peckew cínicamente.

—Eran unos tipos duros, infinitamente más duros que tú. Me debían dinero y no querían pagarme. Nadie supo cómo había sucedido, pero, de repente, se los encontraron con un agujero en la espalda, a la altura del corazón. —Lester dio una chupada al cigarro y continuó—: Verás, Theo, si te niegas a darme la información que te pido, hoy mismo entrará en la cárcel un buen amigo. Una acusación sin importancia, romper un escaparate o pegarle a un «poli», por ejemplo. No estará muchos días en la cárcel; lo sacaré pronto bajo fianza. Pero antes de que te des cuenta, ya tendrás un palmo de acero entre las costillas.

Peckew le miró estupefacto, como si no acabase de creer en lo que estaba oyendo. Lester le miraba con frialdad, sin pestañear, siempre con el cigarro entre los dientes.

De pronto, Lester estiró el brazo izquierdo y fijó la vista en el reloj de pulsera.

—Esperare diez segundos exactamente —añadió—. Pasado ese plazo, me marcharé. Ya no me importará la información; tarde o temprano la conseguiré, pero tú no acabarás vivo la semana.

En los ojos del atracador apareció el pánico.

—Espere... No, se lo diré... Pero tiene que darme algo a cambio... Estoy en un aprieto muy serio, usted lo sabe. ¿Qué me dará si...?

—La vida. Theo, sólo eso.

Peckew lanzó un reniego.

—Está bien. No lo sé con exactitud. Le oí a ella mencionar Hythana Beach...

—¿Ella?

—Sí, la morena que estaba con el profe, una tía estupenda... Creo que se fueron la víspera de mi asunto.

—Ella es guapa, ¿no?

Peckew asintió.

—Se llama Maisie Random. Yo intenté conquistarla, pero me envió a paseo y...

Lester se puso en pie.

—Acabas de salvar el pellejo, Theo —dijo, con la magnanimidad de un monarca al firmar el indulto del regicida que hubiera intentado quitarle la vida.

Hythana Beach, se dijo mentalmente, cuando salía de la cárcel. ¿Dónde podía estar eso?

Era una playa, desde luego, pero, ¿dónde se hallaba?

* * *

—Está en Hythana Beach, con una dama llamada Maisie Random —

dijo Lester aquella misma tarde, en el apartamento de May, mientras ella servía el café.

—Lo has conseguido —exclamó ella.

—Ya te dije que volvería con la información —sonrió Lester.

—Eso es fantástico. ¿Cómo te las has arreglado?

Lester carraspeó.

—Uno, que no es torpe —dijo con fingida modestia—. Pero cuando terminé de hablar, Peckew estaba a punto de ensuciarse en los pantalones. Y perdona la frase.

—Le metiste el miedo en el cuerpo —dijo May, asombrada

—Puedes tenerlo por seguro, muñeca.

May se sentó frente al joven y apoyó los codos en las rodillas.

—A ver, cuéntame —pidió—. Tiene que ser una historia fascinante. Si ese canalla tenía tanto miedo, tuviste que emplear algún truco... porque no había que pensar siquiera en la fuerza.

—Eso es, un truco. Psicológico, por supuesto. Escucha...

Lester habló durante unos minutos. A medida que progresaba en su relato, los ojos de la joven se abrían más y más hasta que, al fin, terminó con la boca también abierta.

—Es fantástico —dijo—. ¿Y se lo creyó?

—Ya ves —sonrió él.

—Bueno, tú le contaste unas historias terroríficas, pero ¿no hubo algo más?

Bueno, sí, fui vestido como un «padrino», incluso con un cigarro encendido que no se me caía de la boca... Aire desdeñoso, le miraba como si fuese una brizna de hierba seca, voz suave...

May se puso una mano delante de la boca. La risa se reflejaba en sus hermosos ojos azules.

—¿Por qué no te dedicas al cine? —preguntó.

—Ya lo intenté —repuso él.

—¿Fracasaste?

—Reynolds, Redford y yo empezamos al mismo tiempo. Gustaron más que yo. No podía competir con ellos, naturalmente.

—¿Lo lamentas?

—No, soy conformista por naturaleza. Bueno. May, ya sabes dónde está ahora el profesor. ¿Qué intenciones tienes?

—Simplemente, comprobar que está bien y volverme a casa —respondió la chica.

—May —dijo Lester—, el profe está ahora muy bien acompañado, con una dama al lado, que le reconforta y le ofrece su cariño. Una especie de descanso del guerrero, ¿comprendes?

—Sí, pero, a pesar de todo, insisto en comprobar que no le sucede nada.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije: no es corriente que se pase dos semanas sin dar señales de vida. ¿Crees que es la primera vez que se marcha por ahí a correrla, bien acompañado? Pero, aun así, siempre encontraba un minuto o dos para enviarme una nota o llamarme al menos un par de veces por semana.

—De acuerdo. Iremos a verle a Hythana Beach.

May le miró oblicuamente.

—¿Has dicho iremos»?

—¿Tienes algún inconveniente en que te acompañe?

—Oh, no. En todo caso, tu trabajo...

—Estoy parado.

—¡Caramba, vaya una contrariedad! —se lamentó la muchacha.

—Pero no me importa. El Banco me dio diez mil dólares por el asunto del atraco, tenía algunos ahorros y... ¡qué diablos!, de vez en cuando, sienta bien pasarse una temporada sin hacer nada. Te aseguro que hay días que sudo a chorros. May.

—¿Cómo puede ser eso? No puedes sudar, si no trabajas...

—Sudo sólo de pensar en lo que los otros trabajan —rió él.

May le acompañó en las risas. Luego se puso en pie.

—Voy a buscar un mapa —dijo—. Tengo una vaga idea del lugar donde está Hythana Beach, pero quiero comprobarlo. Vic. cuando encontremos esa playa, haremos planes para el viaje.

—Me parece muy bien —repuso Lester—. Pero si está a más de cien kilómetros, deberíamos emprender el viaje por la mañana, muy temprano.

May localizó al fin Hythana Beach. Se hallaba a ciento setenta y cinco kilómetros al sur y era, según el mapa, una zona muy poco habitada.

—Ven a buscarme a las ocho —dijo ella.

—Podría ahorrarme el viaje a casa —alegó Lester.

—¿Cómo?

—Deja que pase la noche aquí...

May le empujó suavemente hacia la puerta.

—Buenas noches. Vic.

—Ni siquiera me invitas a cenar —protestó él.

—Tengo el frigorífico vacío.

—Y corazón... ¿Tienes corazón?

—Es de piedra —contestó May, sin dejar de sonreír—. Recuerda, a las ocho en punto. Ah, y para que no gastes nada, yo pondré el coche y la gasolina.

Lester elevó los brazos a las alturas.

—¡Qué forma de agradecerle a uno sus desvelos...!

Pero la puerta ya estaba cerrada y dejó de lamentarse, para sonreír.

—Es una chica estupenda —añadió.

En el fondo, se sentía contento de tener que volver a su casa. Pero

también sentía curiosidad por conocer al profesor Voorhis y saber en qué consistía aquel aparatito que había inventado y que amenazaba con destruir a la Humanidad o poco menos.

CAPÍTULO IV

Achilles Voorhis abrió los ojos y se estiró voluptuosamente en la cama. Miró a través de la ventana: el día prometía ser estupendo.

Maisie trajinaba por alguna parte de la casa. La oía cantar y sonrió para sí. Era una chica estupenda, muy dulce y muy ardiente al mismo tiempo. Lo estaban pasando estupendamente.

—Lástima no tener veinte años menos —suspiró, mientras se levantaba para ir al baño

Cuando salió. Maisie le tenía ya el desayuno preparado. Ella vestía un traje de baño de dos piezas, con un mínimo de tela. La parte superior apenas si cubría los vértices de dos hermosos globos de firmes contornos. En la inferior, un triángulo de tela y unas cintas, completaban el atuendo.

Voorhis le dio una afectuosa palmada en el trasero.

—Estás comestible, nena —dijo.

Maisie le guiñó un ojo.

—Lo sé. Anoche me lo demostraste —contestó.

Voorhis sacó el pecho.

¿Qué quieres, guapa? Uno es hombre y... Iremos luego a la playa, ¿verdad?

—Sí, claro, pero antes lavaré los cacharros del desayuno.

—Bueno, si te empeñas...

—No me gusta ver platos sucios por la cocina —dijo ella.

—Tienes vocación de ama de casa —rió el profesor—. Está bien, cuando tú digas, iremos a la playa.

Después de desayunar. Voorhis fue a la sala, sacó algo de una maleta, lo puso encima de una mesa y lo contempló atentamente durante unos minutos.

Tenía el gesto preocupado.

—¿Dónde demonios estará el fallo? masculló.

Al cabo de un rato, salió a la veranda. Daba gozo contemplar el mar, el cielo azul, las gaviotas que chillaban constantemente... La casa más cercana estaba casi a una milla de distancia... Voorhis se creía en aquel momento Robinson en una isla desierta...

La voz de Maisie sonó en aquel momento.

—Encanto, ¿qué diablos de grabadora es esa que tienes encima de la mesa? He intentado hacerla funcionar y no sale el menor sonido...

Voorhis se volvió en el acto.

—¿Has tocado ese aparato? —gritó.

—Sí, pero ya te digo que no se oye ninguna música...

—Maldita sea, no es ninguna grabadora. Maisie.

—Perdona, yo no lo sabía... —Ella emitió súbitamente un grito—. ¡Mira, Achilles, viene alguien!

Un coche largo y negro llegaba a toda velocidad por el camino que conducía a la casa y se detuvo con ruidoso chirrido de frenos. Dos hombres se apearon de él inmediatamente

—¿Profesor Voorhis? —preguntó uno de ellos.

—Sí, yo soy —contestó el interpelado.

—Vístase, tiene que acompañarnos —dijo el sujeto.

—¿Acompañarles? ¿Por qué?

El otro individuo dijo algo al oído del primero. Este asintió y sacó una pistola.

—¡No me contradiga, profesor! aulló súbitamente—. Tiene que venir con nosotros, sin hacer preguntas, ¿comprende?

Voorhis se asustó y levantó las manos.

—Bueno, bueno, no hay para ponerse así, amigo...

—¡Me pongo como me da la gana! —gritó el sujeto descompuestamente.

El chófer asomó por la ventanilla.

—Dale un buen pescozón. Harry —vociferó—. Tantas excusas me están poniendo ya nervioso.

—Esperen —dijo el profesor—. Al menos, permitan que haga el equipaje...

Súbitamente, se oyó un feroz chillido:

—¡Harry, viene alguien!

Los dos que habían desembarcado del coche se volvieron. Voorhis se dio cuenta de que Maisie había desaparecido en el interior de la casa.

Lenta y discretamente, empezó a retroceder. Los recién llegados se dispusieron a hacer un recibimiento a los que estaban a punto de acercarse a la casa.

Prepárate, Eddie —dijo a media voz.

El otro coche estaba ya a unos cincuenta metros. Súbitamente, alguien sacó medio cuerpo fuera del vehículo y empezó a disparar con una pistola ametralladora.

Eddie chilló, se tambaleó y cayó. Harry pasó al otro lado del coche. El chófer intentó poner el vehículo en marcha, pero una bala le alcanzó en el hombro y se puso a gritar frenéticamente.

Los otros llegaron instantes después. Harry disparó ferozmente su pistola. Uno de los que venían detrás cayó de bruces sobre la arena.

El de la pistola ametralladora puso un nuevo cargador y abrió el fuego nuevamente. Un chorro de balas atravesó los cristales del coche, haciéndolos saltar en mil pedazos. La cabeza del chófer resultó perforada por dos proyectiles.

Harry cayó, pero se revolvió y disparó dos tiros más. Luego notó que perdía las fuerzas.

El ametrallador se le acercó lentamente. Con toda frialdad, le destrozó la cabeza con una nueva ráfaga.

—Listos —gritó a sus compinches.

Dos hombres se apearon. Uno de ellos corrió hacia la casa. Entró, vio la caja de color gris oscuro y lanzó un grito de alegría.

—¡Aquí está!

El hombre de la ametralladora entró a continuación.

—¿Eso es lo que buscaba usted? —preguntó.

—Sí, Hendon.

—Valiente porquería...

—¡Cállate, imbécil, no sabes lo que te dices! ¡Eres una bestia con dos patas, un aborto de la naturaleza, un engendro humano...!

El ametrallador se quedó con la boca abierta.

—Oiga, amigo, no me diga esas cosas o le daré algo que le hará tragarse sus palabras.

—¡Vete al infierno, estúpido!

Hendon se enfureció. El otro se volvió y le arreó un tremendo revés en la boca tirándole de espaldas al suelo.

Al caer, se le escapó la metralleta. El otro se precipitó sobre el arma, la agarró y empezó a disparar. Mantuvo el dedo sobre el gatillo, hasta que el cargador quedó vacío.

Luego, de pronto, pareció recobrar la cordura.

—Dios, qué he hecho...

Volvió la cabeza hacia el aparato y se acercó, contemplándolo unos instantes. Sentíase muy nervioso, sin saber exactamente las causas.

En aquella caja titilaba una lamparita roja. El hombre apretó un interruptor y la lámpara se apagó.

Casi inmediatamente, creyó sentir un notable alivio. Uno de sus acompañantes entró en aquel momento.

—¿Qué ha pasado, Deyles? —preguntó.

—Hendon me hizo perder los estribos —contestó el interpelado—. Vámonos, Sandie, aquí ya no tenemos nada que hacer.

Le entregó la ametralladora, cargó con la caja y se encaminó hacia la salida.

Momentos después, el coche en que viajaban se había perdido de vista. Pasó un buen rato antes de que Voorhis y Maisie se atrevieran a salir del sótano en que se habían escondido.

La mujer estuvo a punto de desmayarse al ver aquel espectáculo.

—¡Dios mío, qué matanza! Achilles, ¿qué ha pasado aquí?

Voorhis no contestó. Fue al dormitorio y empezó a echar ropas en una maleta.

—¡Maisie! —gritó—. Haz tu equipaje, nos marchamos inmediatamente.

—Sí, Achilles, lo que tú digas —accedió ella.

Corrió al dormitorio y empezó a preparar su maleta.

—¿Adónde nos vamos? —preguntó.

—No lo sé. Muy lejos de aquí, cuanto más lejos, mejor

—contestó Voorhis.

Los dos temblaban de miedo. Voorhis no se dio cuenta de que olvidaba algo, hasta que llevaban ya una hora de viaje.

—¡Maldición! ¡La caja!

—¿La grabadora?

—No era una grabadora. Maisie.

—Bueno, lo parecía... Me la he dejado en casa...

—Pero, ¿no la escondiste cuando llegaron aquellos tipos?

—No, se quedó encima de la mesa...

—Entonces, alguien se la ha llevado. Cuando salimos, estoy absolutamente segura de ello, ya no estaba sobre la mesa, declaró Maisie enfáticamente.

* * *

Cuando se acercaban a la casa, Lester divisó el coche parado en las inmediaciones y dos cuerpos caídos. May no pudo por menos de lanzar un grito de terror.

Lester frenó el coche y se apeó. Lentamente, se acercó al otro vehículo y contempló los cristales destrozados a tiros.

El chófer yacía de costado en el asiento delantero, con la cabeza llena de sangre. Estaba muerto, indudablemente.

Los otros también habían muerto. La sangre estaba ya seca.

Lester se sintió enfermo al contemplar aquel espectáculo. May se había apeado, pero no se atrevía a separarse del coche.

—Vic, ¿alguno de ellos es...?

—Tendrías que verlo tú misma. Yo no conozco personalmente al profesor, aunque me parece que no es ninguno de estos cadáveres.

Lester se acercó a la casa. Respingó al ver en el interior a otro hombre muerto, con el pecho acribillado a balazos.

—Vaya matanza —murmuró.

May llegó en aquel momento.

—Ninguno es el profesor —informó.

—¿Y éste? —el joven señaló al muerto junto a la mesa.

—No, tampoco.

Lester recorrió la casa, incluyendo el sótano. El dormitorio, apreció, estaba desordenado. Incluso se veían algunas prendas de vestir tiradas de cualquier manera por el suelo.

—Se han marchado —dijo.

—O quizá se los han llevado a la fuerza —apuntó la muchacha.

—¿Tú crees?

—Después de lo que hemos visto...

—¿Y si el profesor...?

—¿Tratas de insinuar que fue él quien mató a esos cuatro hombres?

—Mujer, pudo defenderse, digo yo.

May hizo un gesto negativo.

—No —contestó.

—¿Cómo lo sabes?

—El profesor entiende tanto de armas de fuego como yo de escribir en sánscrito dijo May firmemente.

—Nena, disparar una pistola no es tan difícil —adujo Lester.

—Desde luego. Yo tengo un revólver y te amenazo y disparo contra ti, y me resultaría fácil. Pero no es lo mismo disparar contra cuatro pistoleros avezados. Todos estaban armados, lo has visto.

Lester asintió.

—Tienes razón —convino.

—Además, parece que se ha usado una pistola ametralladora. El profesor jamás tuvo un arma en su casa, ni siquiera para defensa personal. ¿Sabes lo que me parece ha sucedido aquí?

—No. Dímelo, por favor.

—Yo diría que dos bandas han venido a buscar al profe sor simultáneamente. Se pelearon, una de las bandas ganó y...

—¿Y qué. May?

—Espera un momento, por favor.

May salió de la casa y exploró los alrededores un momento. Luego se reunió con el joven.

Vic, al menos podemos estar seguros de que el profesor no ha sido secuestrado.

—Supongo que sabes lo que te dices —sonrió Lester.

—Es bien sencillo. El profesor, en ciertos aspectos, es muy rutinario. Su coche es ya viejo de quince años, por lo menos, y tiene cambio de marchas manual. Yo le he aconsejado que se comprase otro, moderno, con cambio automático, pero nunca quiso hacerme caso. El suyo ya no podía correr mucho, pero a él no le importaba: le gustaba viajar sin prisas. Un secuestrador, creo yo, si tiene prisa.

—Y usa un coche moderno y rápido.

—Exacto. Puesto que el automóvil del profesor no está, es de presumir que consiguió escapar, antes o después de la matanza, no lo sé. Pero, de otro modo, su coche estaría aquí y no está.

—¿Y la dama que le acompañaba?

—Debió marcharse con él. Vic.

Lester abrió los brazos.

—May, ¿te das cuenta del jaleo que se nos viene encima, cuando avisemos a la Policía de lo que sucede?

—Podemos decir que vinimos a pasar el día en la playa y que nos encontramos con este espectáculo; no es necesario que entremos en más detalles —apuntó la muchacha.

—No está mal pensado —convino Lester—. Pero luego seguiremos con

el mismo problema: ¿Dónde está el profesor?

May hizo un gesto de resignación.

—Mejor será que esperemos unos cuantos días, a ver si da sus vacaciones por terminadas y vuelve por sí solo al hogar.

—Cansado y satisfecho.

—Eso habría que preguntárselo a Maisie Random, ¿no crees?

Lester empujó a la muchacha fuera de la casa.

—Acabas de darme una idea —dijo.

—¿Si, Vic?

—Te lo diré cuando haya obtenido la respuesta que espero conseguir

—contestó el joven.

—¿Dónde, por favor?

—Aún no lo sé, pero la encontraré —dijo Lester, seguro de sí mismo.

CAPÍTULO V

El conserje de la casa levantó un ojo al techo, se introdujo el meñique en la nariz, escupió luego a un lado y, finalmente, dijo:

—No sé, no recuerdo con exactitud...

Lester procuró contener un gesto de ira.

—Seguramente, ha ido en alguna ocasión al médico, para que le cure la debilidad de su cerebro —dijo críticamente.

—Hombre, no soy tonto —rezongó el sujeto—. Pero sí falto de memoria. Las medicinas para la amnesia cuestan caras.

Lester sacó un billete de cinco dólares.

—Ahora recuerdo —sonrió el conserje—. La señorita Random trabajaba en el Sphere. Está en la calle Veintidós.

—Muy interesante.

—Pero creo que dejó el empleo. Ahora bien, tenía una buena amiga, se llama Britt Dudley. Venía mucho por aquí; quizá ella sepa...

Lester sonrió y puso una mano en la frente del conserje. El hombre le miró extrañado.

—¿Por qué hace eso? —preguntó.

—Ya está curado de su amnesia. No le hacen falta medicinas.

Guardó el billete y se encaminó hacia la calle. El conserje barbotó una obscena interjección.

—Hijo de...

—Tuvimos la misma madre, hermano —contestó el joven burlonamente.

El Sphere era un local de cierta apariencia, estimó Lester aquella noche. Había pensado en un infecto tugurio, con mujeres pintarrajeadas y en el último peldaño de su profesión, en desechos de la sociedad, marineros borrachos y demás, pero había cierta dignidad en el ambiente y no se velan rostros desagradables ni ropas destrozadas.

Una chica cantaba en el escenario, acompañándose ella misma a la guitarra eléctrica. Las mesas estaban ocupadas en su mayoría.

Lester, sin embargo, prefirió ir al mostrador. Una hermosa rubia, de pecho muy atractivo, le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Qué le sirvo, caballero?

—Un doble de lo mejor —contestó el joven.

—Al momento, señor.

La «barmaid» puso el vaso frente a Lester instantes más tarde. Un billete de veinte dólares fue a parar al mostrador.

—Quédese con la vuelta —dijo.

Ella le miró recelosamente.

—¿Qué busca? —preguntó

—Qué, no; quién, Britt Dudley.

Detrás del mostrador había un gran espejo. Ella se volvió para atusarse el cabello unos instantes.

—La estoy viendo —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Lester.

—En estos momentos, se arregla el pelo —contestó.

Lester no pudo contener una risita. Britt se volvió, cobró el importe de la bebida y devolvió el resto.

—Ya me ha encontrado —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

—Estoy buscando a Maisie Random.

Britt se puso seria.

—Hace tiempo que no trabaja aquí —contestó.

—Vivía en la calle Treinta y nueve, pero ahora no está...

—Era una residencia eventual. Me dijo que no estaría mucho tiempo.

—Britt, ahora estás muy ocupada. ¿Por qué no nos reunimos más tarde y charlamos sin prisas?

La «barmaid» pareció considerar la sugerencia durante unos instantes. Al fin, hizo un gesto afirmativo.

—O.K. —contestó—. Termino a las doce. Venga a buscarme por la puerta lateral —indicó.

—Me llamo Vic —sonrió él

—Encantada. Vic.

De repente, alguien lanzó un furioso grito.

Lester y Britt se volvieron al mismo tiempo. A poca distancia, un hombre se había puesto en pie y apostrofaba al camarero con terrible violencia.

El cliente tenía la chaqueta manchada. Indudablemente, el camarero, sin querer, había vertido algo de licor sobre sus ropajes.

Los gritos del cliente enfurecido atronaban el ambiente. El camarero se hartó, le gritó también varios insultos y luego, de repente, le asestó un terrible bofetón.

El cliente cayó sobre la mesa y la volcó, con gran estrépito de vidrios rotos. Pero se levantó en el acto y cargó contra el camarero, atacándole con una silla en las manos.

El camarero agarró la silla, se la quitó y la tiró a un lado, alcanzando a otros clientes que estaban en una mesa cercana. Inmediatamente, se oyeron más gritos.

Casi de repente, se produjo una pelea multitudinaria que a Lester le recordó las que se veían en las películas del Oeste. Todo el mundo chillaba, gritaba y se peleaba salvajemente. Botellas y vasos volaban por los aires.

La cantante escapó, aterrada, llevándose la guitarra, pero se había olvidado de desconectarla y el cable soltó unos cuantos chispazos azulados, que aumentaron la confusión.

Una botella voló por los aires. Lester la esquivó de milagro. El espejo

del mostrador saltó en mil pedazos.

—Esto se pone feo —dijo.

Y saltó al otro lado de la barra.

Britt estaba ya agachada, muy pálida.

—Nunca había ocurrido nada semejante manifestó.

Inesperadamente, sonaron dos disparos.

El tumulto se acalló como por encanto. Cesaron los ruidos y ya no se lanzaron más proyectiles. Luego se produjo una aterradora estampida de clientes hacia la salida.

Lester se incorporó poco después. Con ojos espantados, contempló el desolador espectáculo que ofrecía el local.

Era una devastación total. No quedaba un mueble sano. Varias personas, sentadas o tumbadas, se quejaban monótonamente, con manchas de sangre en la cara o en el cuerpo. Sólo un hombre no protestaba. Pero era porque alguien le había metido dos balas en el cuerpo.

Era ya muy avanzada la hora cuando Britt abrió la puerta de su apartamento.

—Jesús, casi no me creo estar de nuevo en mi casa —exclamó.

Lester emitió una sonrisa de circunstancias.

—Sí, hemos tenido un poco de jaleo con la Policía —admitió.

Afortunadamente, les habían soltado muy pronto, al convencerse de que no habían tenido nada que ver con el terrible tumulto que se había producido en el Sphere.

El dueño estaba abrumado. Nunca había pasado nada semejante y no comprendía cómo había podido ocurrir una cosa semejante.

—Parecía que todo el mundo se había vuelto loco —dijo Britt, mientras se quitaba el impermeable.

Fuera, llovía constantemente, aunque sin demasiada intensidad. El apartamento estaba frío, Britt encendió la calefacción.

—¿Qué te apetece, Vic? —consultó.

—Si no fuese demasiado trabajo, te pediría un poco de café —sonrió el joven.

—Bueno, hay agua caliente y café instantáneo. En seguida te lo sirvo. Anda, siéntate y procura relajarte.

—También tú lo necesitas, Britt.

—Puedes asegurarlo, Vic.

Britt se marchó y Lester se relajó en el diván, con un cigarrillo en los labios. Se preguntó qué habría podido producir aquel terrible escándalo en el Sphere. Ciertamente que un cliente tenía motivos de queja, pero no era para darse de golpes con el camarero con tanta ferocidad. Además, le había parecido un hombre más bien mesurado y de aspecto incluso distinguido.

Pero había observado un comportamiento digno de un salvaje. Y no

había que dejarse tampoco atrás al resto de la concurrencia. Estaban pasando cosas muy raras en los últimos tiempos.

Algunas personas se comportaban con inusitada ferocidad. Bastaba recordar la matanza de la playa. Claro que parecían tipos pertenecientes a bandas rivales, pero aun así, había creído observar unos detalles de salvajismo impropios de seres que vivían en un país civilizado.

Britt llegó con la bandeja en las manos. Lester observó que se había cambiado de ropa. Ahora llevaba solamente un kimono corto, de mangas flotantes, negro, con dibujos orientales.

—Estás muy guapa —sonrió.

—Gracias contestó ella—. Será que ya se me está pasando el miedo.

—Sí, seguro. Britt, si no te importa, podríamos volver al punto donde nos interrumpieron.

—Te refieres a la conversación que teníamos acerca de Maisie.

—Sí, exactamente.

—La estás buscando

—No puedo negarlo.

Britt le miró penetrantemente.

—¿Tienes algo contra ella?

Lester alzó la mano derecha.

—No la he visto en mi vida ni le guardo rencor por nada, ni Maisie me ha causado jamás el menor daño contestó.

—Entonces, ¿por qué la buscas?

El joven se dijo que no tenía importancia mencionar parte de los motivos de sus preguntas.

—Está con un tipo, al que acompaña desde hace días. Es un hombre de ciencia y, supongo, la convenció para que le hiciese compañía durante sus vacaciones. Pero ese sabio dejó algunos problemas pendientes, de gran urgencia, y queremos encontrarlo, para que nos dé la solución. Eso es todo, puedes creerlo, Britt.

—Es decir, encontrando a Maisie, encontrarás al científico.

—Exactamente. ¿Sabes dónde está ahora?

—No puedo darte una pista segura, Vic. Ahora bien, sé que, en ocasiones, se alojaba en un motel situado a treinta millas al norte de San Diego. Es un sitio muy lujoso y a ella le gustaron siempre las comodidades. Naturalmente, cuando hay alguien que pague la cuenta, claro

Lester sonrió.

—Muy lógico —contestó—. ¿Cuál es el nombre del motel?

—«Sevilla», de decorado español. Yo estuve una vez y puedo asegurarte que hay pocos sitios tan lujosos y, sobre todo, discretos. El que tiene dinero suficiente puede, incluso, alquilar su bungalow con piscina privada.

—No es un albergue para pobres, precisamente silbó el joven—. ¿Piensas que puede estar allí?

—No lo aseguro al ciento por ciento. Vic. Pongamos un noventa y cinco por ciento.

—Muy bien, gracias. Mañana iré al «Sevilla»... Britt, no sé qué hacer para darte las gracias.

Fila le miró maliciosamente.

—Esta noche tengo un poco de miedo confesó

—¿Y quién no, después de lo que ha pasado?

—No me gustaría quedarme sola y despertarme con pesadillas, creyendo que me encuentro de nuevo en el tumulto.

Bueno, comprendo que tengas miedo a las pesadillas. Pero, si te parece, te echas en la cama y yo me sentaré a tu lado, con tu mano en las mías...

Britt pareció sentirse defraudada. Lester se puso en pie y la hizo levantarse.

—Vamos —dijo—. Indícame el dormitorio y yo me encargaré de enseñarte un método absolutamente infalible contra los malos sueños.

Lester hizo que Britt se metiese en la cama. A su vez, se desvistió y se metió junto a ella, ya con la luz apagada.

Abrazó con fuerza a la joven y empezó a besarla ardorosamente en la boca, en las orejas, en el cuello... Britt lanzaba voluptuosos gemidos.

—Este es el mejor método que yo conozco para evitar pesadillas —dijo Lester.

—Absolutamente infalible —corroboró Britt ardientemente.

CAPÍTULO VI

El teléfono empezó a sonar y May cruzó la sala para atenderlo. Cuando reconoció la voz del hombre que estaba al otro lado de la línea, estuvo a punto de desmayarse.

—¡Profesor! ¿Dónde está usted? Tengo algo muy urgente que decirle...

—Escuche un momento, May; yo también tengo una cosa para usted. Óigame con atención, se lo ruego.

—Mire, profesor, dígame primero dónde...

—No, May, yo hablaré antes. Ponga mucha atención, por favor. Hay un lugar llamado Hythana Beach, en donde estuve pasando unos días. Alquilé una casa solitaria a dos millas al sur de la población. La reconocerá en seguida; es de madera pintada de amarillo, con el tejado de color oscuro, casi negro...

—He estado allí, profesor.

Voorhis dio un respingo.

—¿Que dice, muchacha?

—Ya lo oye, pero siga, por favor; conozco el camino de Hythana Beach y no es necesario que me dé más explicaciones.

—Muy bien, no sé lo que fue usted a hacer allí, pero le diré una cosa: me olvide un aparato, que parece una grabadora, aunque no lo es. Por lo que más quiera, no lo toque; podría resultar muy peligroso, ¿me entiende?

—Profesor, ¿cree que ese aparatito estará allí todavía?

—¿Por qué no? ¿Quién se lo iba a llevar?

—¡La Policía, hombre! Estuvieron allí, después de la matanza que se produjo en aquella casa. Tuvieron que registrar todo y si vieron la grabadora, o lo que parece una grabadora, se lo llevaron para examinarlo.

—Caramba, sí que sería una contrariedad. ¿Qué podríamos hacer, May?

—Vaya usted a hablar con la Policía de Hythana Beach...

—No, lo siento. No tengo ganas de más líos. Si cree que la caja no está en la casa de Hythana Beach, no vaya allá, pero no diga nada tampoco a la Policía. ¿Me ha comprendido?

—Sí, profesor, pero, dígame, ¿qué tiene esa caja? ¿Es el aparato aquel que usted construyó?

—No quiero decirle nada más, muchacha. Perdóneme, pero tengo que colgar.

¡Espere, profesor! chilló May—. Dígame dónde está...

Se oyó un chasquido. May contempló el teléfono con ojos de furia.

—No te enfades —oyó de pronto la voz de Leste—. Creo saber dónde está el sabio distraído.

May se volvió bruscamente.

—¡Vic! ¿De dónde sales? —exclamó.

—He estado ocupado... ¿Era el profesor con quien hablabas?

—Sí. Quería que fuese otra vez a la casa de Hythana Beach, para recoger una caja muy parecida a una grabadora. Yo le dije que se la habría llevado la Policía.

—¿Una grabadora? Me parece que no estaba cuando entramos en la casa —dijo Lester.

—Yo tampoco vi nada semejante. Pero no es una grabadora. Vic. Creo que se trata de ese aparato infernal que construyó y que te dije podía producir efectos tan catastróficos.

—¡Caramba, eso sí que es interesante! Si el profesor lo olvidó en la casa de Hythana Beach, evidentemente, alguien se lo llevó después... pero antes de que llegase la Policía. May, ¿qué efectos causa ese chisme? ¿Sabes algo sobre el particular?

—No, en absoluto. Sobre este aparato, no sé nada; todo lo llevó el profesor en el máximo secreto...

—May, creo que deberíamos hacer una cosa —propuso Lester—. Ayer estuve con una amiga de Maisie Random. Me dio una buena pista y pienso que podríamos intentar localizar al profesor. Necesitamos que nos facilite detalles sobre ese maldito chisme y, por sus declaraciones, tratar de averiguar quién se lo ha llevado.

—El teléfono...

—No sirve. En primer lugar, ignoras dónde se encuentra. Y en segundo, una conversación frente a frente, salpicada de cuando en cuando con algunas palabrotas, impresiona mucho más.

—¿Te gusta decir palabrotas? —sonrió la muchacha.

—A veces, da resultado. Bien, ¿qué te parece si emprendemos viaje al Sur?

—¿Adónde exactamente, Lester?

—Treinta millas al norte de San Diego, un motel de lujo llamado «Sevilla».

—Muy bien, permíteme que me arregle un poco y estaré lista para salir inmediatamente. Sírvete mientras una copa o, si lo prefieres, en la cocina está la cafetera llena.

—Muy bien, encanto; creo que elegiré el café.

May corrió hacia las habitaciones interiores. Lester fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. Cuando el café estuvo bien caliente, llenó una taza.

En el mismo instante, llamaron a la puerta. Con la taza en la mano, se dirigió hacia la sala.

—¡No te molestes, May, yo abriré!

—De acuerdo. Vic —contestó ella desde el baño.

Lester fue a la puerta y abrió. Al otro lado había tres hombres, bien vestidos, pero de rostros serios y ceñudos. El que estaba en el centro,

dijo:

—Tengo entendido que aquí vive una chica llamada May Hickock. Me llamo Orrin Caldwell y deseo hablar con ella.

A veces. Lester se dejaba llevar por el instinto y sospechó que las intenciones de los sujetos no eran precisamente buenas.

—Lo siento, se equivocan: aquí no vive nadie que se llame como ha dicho —mintió con todo descaro

* * *

Caldwell no pareció inmutarse por la respuesta.

—¿Quién le ha autorizado a usted para negar que la señorita Hickock vive en esta casa? —preguntó, un tanto belicosamente.

—Y a usted, ¿quién le ha dado permiso para llamar a esta puerta?

Caldwell pareció desconcertarse.

—Para entrar en una casa, es preciso llamar a la puerta.

—Sí, siempre que se tenga permiso del dueño de la casa.

—Eso no es necesario...

—¿De dónde viene usted, señor Caldwell? ¿Del Polo Sur? Vaya primero abajo, a conserjería, y pida permiso para llamar a esta puerta. Cuando lo tenga, suba y vuelva a llamar.

El sujeto se quedó con la boca abierta. Lester fue a cerrar, pero una poderosa mano se lo impidió.

—Jefe, este tipo se está burlando de nosotros —gruñó el sujeto.

Empujó la puerta Lester retrocedió.

—Pase, jefe.

—Gracias, Count —respondió Caldwell—. Tienes razón. Este tipo ha querido burlarse de mí. Dile lo que les pasa a quienes se toman confianzas conmigo.

Count sonrió torvamente.

—Sí, señor, con mucho gusto.

Avanzó unos pasos y se dispuso a descargar un golpe. Lester tenía aún la taza de café en la mano y le arrojó su contenido a los ojos.

El café ya no estaba tan caliente y no le quemó, pero sí le cegó momentáneamente. Lester levantó el pie derecho y se lo clavó en la ingle.

Count cayó de rodillas, lanzando un grito de agonía. En el mismo instante. Lester sintió un terrible dolor en el lado izquierdo del cráneo y empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

Incapaz de sostenerse, cayó sobre el diván. Sabía que el otro esbirro le había golpeado, pero no podía evitar que los golpes continuaran.

La voz de May sonó repentinamente, tensa, autoritaria:

—¡Quieto ahí, muchacho! Un solo paso más y te saco las pueras tripas por tus cochinos riñones.

Caldwell y el otro se quedaron estupefactos al ver a la muchacha con

algo que parecía una escopeta, cubierto en parte por una toalla. Los dos hombres levantaron las manos instantáneamente.

—Señorita, no queríamos hacerle ningún daño —manifestó Caldwell.

—¿Ah, no? Oiga, ¿y eso que le pasa a mi amigo, qué es? ¿Un chiste?

—Bueno, él nos atacó primero.

—Estaba en su derecho —dijo May retadoramente.

—Muy bien, dispense. Le pedimos perdón, y a su amigo también, pero... Sin duda ignora quién soy yo...

—¡Un cerdo bípedo, un salvaje sin plumas, un canalla con el alma más negra que Judas! Hable pronto, suelte lo que tenga que decir; el índice me tiembla ya y no respondo de mí cuando me enfurezco.

—Por favor... —Caldwell parecía terriblemente amedrentado—. Tengamos la fiesta en paz... Señorita, sólo buscamos al profesor Voorhis... Usted es su secretaria y quizá sepa...

—No, no lo sé —contestó ella, sin abandonar por un instante su actitud llena de hostilidad.

—Se lo ruego, es muy importante...

—¿Importante? ¿Para qué? ¿Para quién?

—Bueno, habría que hablar de todo... Mire, el caso es que yo le presté hace tiempo ciento cincuenta mil dólares. Era como una especie de inversión en algo que él estaba construyendo y que me pareció podría resultar muy beneficioso en el futuro.

—¡Ciento cincuenta mil dólares! —resopló la muchacha

—Así como suena, señorita Hickock —confirmó Caldwell—. Pero ha pasado ya demasiado tiempo y no tengo noticias del profesor. Por eso le busco, para que me facilite detalles sobre su invento... o que me devuelva el dinero.

—Un momento —exclamó May—. ¿Le dijo el profesor en qué consistía su descubrimiento?

—No fue muy explícito. Dijo algo sobre comunicaciones a gran distancia con enorme precisión y sin posibilidad de interferencia, todo ello en un aparato muy pequeño, activado por pilas que durarían una eternidad. Eso es todo lo que puedo decirles.

—Le diré una cosa, señor Caldwell. Yo también estoy buscando al profesor, pero no lo encuentro. Me debe el sueldo de dos meses, más la cuenta de alimentación del supermercado, que ha salido de mi bolsillo. Si lo encuentra usted, tenga la bondad de avisarme.

Caldwell se quedó con la boca abierta.

—¿No sabe dónde está?

—No —contestó May firmemente—. Y ahora, pedazo de mulos, lárguense todos de aquí, antes de que empiece a tronar la artillería.

Count se puso en pie, mascullando maldiciones. May apuntó hacia él.

—Cierre el pico, asqueroso rufián. ¿Quiere ensuciarme la casa con sus hediondos sesos?

Caldwell y los dos esbirros se marcharon. May corrió hacia la puerta, puso la cadena de seguridad y luego se desplomó sobre una silla.

—Creí que me moría de miedo —exclamó.

Lester estaba sentado en el diván, frotándose la oreja con una mano.

—Pasabas miedo... y tenías una escopeta en las manos...

Ella retiró la toalla con la mano izquierda. En la derecha apareció un tubo pintado de negro mate.

—Es uno de los suplementos del aspirador —explicó.

Lester abrió unos ojos como platos. Luego, de pronto, se puso a reír, hasta que tuvo las mejillas completamente mojadas.

—Un tubo de aspirador... y creyeron que era una escopeta...

—No te rías. Pasé más miedo del que te imaginas —se enfadó la muchacha.

—Ellos tuvieron más miedo aún —contestó Lester—. Fue un buen truco, te lo aseguro. Pero, ¡qué lenguaje, Dios santo! Jamás había oído palabrotas semejantes... Has agotado el repertorio de insultos...

—Eso te lo debo a ti —acusó ella.

—Lo reconozco —dijo el joven Pero ¿has oído? El profesor debe ciento cincuenta mil dólares a Caldwell. ¿De dónde va a sacar el dinero, si no ha construido el aparato de comunicaciones?

—De ninguna parte. Vic.

—¿Cómo?

—Caldwell mentía. No negaré que, tal vez, haya tenido algún contacto con el profesor. Pero, prestarle ciento cincuenta mil dólares... Si hubiese dicho que el profesor se había escapado con su esposa, le habría dado mucho más crédito.

—No entiendo —dijo Lester, desconcertado.

—El profesor es un hombre rico. Bueno, no un potentado, pero si lo suficiente para permitirse el lujo de trabajar durante largas temporadas, sin necesidad de pedir un centavo a nadie. Por otra parte, tiene algunas patentes registradas, sobre aparatos electrónicos, y eso le produce unos ingresos muy sustanciosos.

—Lo sabes bien, ¿eh?

—Claro que sí, hombre. Yo llevo sus cuentas y estoy al corriente de sus saldos en los tres Bancos donde guarda su dinero. Si Caldwell hubiera pagado ciento cincuenta mil dólares al profesor, éste me habría entregado esa suma para ingresarla en un Banco, puedes estar seguro de ello

—Entonces, ha mentido —murmuró Lester—. ¿Por qué?

—Seguramente, conoce el valor de ese aparato de comunicaciones y quiere conseguir una parte de los beneficios, o figurar como participe en los derechos de patente. Si fuese cierto lo que ha dicho Caldwell, un chisme semejante podría revolucionar las comunicaciones.

—Sí, posiblemente —convino el joven—. Oye, ¿no sería acaso, la

grabadora que se dejó olvidada en Hythana Beach?

—Tal vez, pero, ¿quién la tiene ahora?

Lester dejó de frotarse la oreja y se puso en pie

—May, ¿cuánto te falta para estar lista? —consultó.

—Cerrar el maletín con los útiles de aseo y coger el bolso —contestó ella.

—Perfectamente. Si nos damos prisa, podemos llegar al «Sevilla» antes de que sea de noche.

—Tendremos que pernoctar allí. Habitaciones separadas, por supuesto

—No se me ocurriría pedir una para los dos —sonrió él.

—Ciertos asuntos se deben tratar contigo, separados por una distancia de veinte pies, mejor que diez —contestó May.

—Admiro tu prudencia, nena.

—Sigue admirándola, es todo lo que te permitiré, Casanova.

Lester se echó a reír. Era una muchacha encantadora. Pero, ¡qué lenguaje había empleado, cielos!

CAPÍTULO VII

El coche rodaba velozmente sobre la cinta asfaltada. No había mucho tránsito en aquellos momentos y la ruta se hallaba agradablemente despejada.

—May —dijo él de pronto—, hay una cosa que me preocupa sobremanera.

—Dime, Vic —pidió ella.

—Si lo que olvidó el profesor es un aparato para comunicarse a grandes distancias, con enormes facilidades y demás... ¿por qué tenía que decir que era algo horroroso?

—No lo sé, ya te he dicho que no me dio la menor explicación al respecto. Sobre ese chisme, sabes tú tanto como yo. Vic.

—Sabemos algo más. May —dijo él—. Sabemos que hay, llamémoslas de este modo, dos empresas que desean conseguir el invento. Acuérdate de lo que pasó en Hythana Beach.

—Eso significarla que alguien conoce la utilidad del aparato inventado por el profesor.

—No me cabe la menor duda. Pero, ¿cómo lo han averiguado?

Lester reflexionó unos instantes. Al fin, creyó haber hallado la solución.

—May, el profesor desapareció hace ya casi tres semanas.

—Sí, eso es.

—Y no se marchó solo, según sabemos.

—Exacto. Tampoco es de extrañar; cuando decide tomarse unas vacaciones, busca compañía.

—Bueno, creo que esta vez cometió un error.

—¿Por qué?

—Si él no ha dicho nada a nadie, si tú no sabías nada sobre ese maldito chisme, ¿cómo es que hay un montón de gente que lo busca y hasta mata salvajemente por conseguirlo?

Ella pareció sentirse preocupada al oír aquellas palabras.

—Vic, ¿crees que Maisie...?

—¿Por qué no, muñeca?

—Maisie sería una espía... ¿de quién?

—Caldwell, tal vez. O de sus rivales.

—Eso me recuerda las historias de las bellas espías en tiempos de guerra. Mata-Hari y demás.

—Sí, y el enamorado oficial del Estado Mayor que le entrega los planos de la batalla, a cambio de su amor. Luego, claro, tiene que suicidarse.

—El profesor no se suicidaría. Es demasiado coriáceo

—dijo la muchacha.

—Lo mismo da. Maisie consigue el secreto del chisme maldito, lo pasa

a sus amigos y luego sigue a su lado, como si nada. Es preciso tener en cuenta un detalle, May.

—Dime. Vic.

—Maisie fue «contratada» para una temporada. Cuando acabe. Voorhis la despedirá y ella se marchará tan tranquila. El profesor tardará mucho tiempo en enterarse de la traición.

—Pero se olvidaron el aparato en Hythana Beach —alegó ella—. Sin unos planos, sin unos apuntes, ¿de qué les sirve a los actuales propietarios?

—May, ese aparato no es como los walkie-talkie que se compran por cuatro dólares en las tiendas. Es algo mucho más complicado y sólo el profesor puede desvelar su secreto. Se negaría, sin duda, pero si Maisie le quita los planos o los apuntes, o averigua dónde los guarda, ¿de qué le serviría la negativa?

La joven se quedó callada unos momentos. Pasado un rato, fue a decir algo, pero entonces Lester alzó una mano.

—No hables, por favor —dijo—. Nos están siguiendo.

* * *

May contuvo una exclamación de asombro. Volvió la cabeza y divisó un coche de color azul oscuro que rodaba a unos cien metros de distancia.

—¿Ese automóvil? —dijo.

—Sí. Hace rato que viene detrás de nosotros. Al principio, no le di importancia, pero luego hice un par de maniobras para adelantar y él las repitió puntualmente. Vamos a menos de noventa por hora y ese coche podría moverse sin dificultad al doble. Mira, todos los demás nos adelantan. ¿Por qué los ocupantes de ese automóvil se mantienen fijamente en nuestra estela?

—¿Caldwell? —apuntó ella.

—O sus rivales

—Bien, te siguen, pero creo que no debemos permitir que se enteren de nuestro punto de destino. ¿Qué piensas hacer para despegarte de ellos?

Lester tardó algunos segundos en contestar. Luego dijo:

—Ahora lo verás.

Delante de ellos se movía un gigantesco camión de transpone. Lester hundió el acelerador a fondo y el coche saltó hacia adelante con enorme potencia.

En pocos segundos, se puso delante del camión. Entonces, pisó el freno. Detrás de ellos se oyeron los chirridos de los frenos del camión. Su conductor, enfurecido, hizo sonar la sirena varias veces. Lester aceleró de nuevo.

Miró por el retrovisor derecho. Un automóvil de color azul oscuro se

había salido de la autopista y estaba detenido junto a la valla de seguridad. Uno de los ocupantes se había apeado y examinaba el morro del vehículo con gesto lleno de contrariedad.

—Despachados —exclamó, satisfecho—. No les ha pasado nada a ellos, pero el morro de su coche está hecho un acordeón

—Eres todo un tipo —dijo ella alegremente.

—Se aprende mucho en el cine —contestó Lester.

Cincuenta kilómetros más adelante, vio que el contador de gasolina marcaba unas cifras muy bajas. En cuanto vio una estación de servicio, se desvió a la derecha.

—Puedes tomar una taza de café —indicó a la muchacha—. Luego me reuniré contigo.

—Está bien.

Lester esperó a tener el depósito lleno. Luego acercó el coche a la cafetería. May le aguardaba junto al mostrador.

Pidió una taza de café. De pronto sintió un toque en el hombro.

—Perdone, amigo.

Lester se volvió. Delante de él, había un sujeto enorme, voluminoso, en cuyo rostro encarnado se adivinaba una cólera infinita.

—Ha estado a punto de provocar una catástrofe, con su maldito frenazo. No tenía a nadie delante y no corría el menor riesgo —dijo el camionero—. Habrá de permitirme que me cobre el susto

Lester miró el enorme puño que ya se cerraba y apoyó una mano rápidamente en aquellos horribles nudillos.

—Hermano, deje que le explique primero. Luego, si mis explicaciones no le convencen, pegue todo lo que quiera, ¿estamos?

El camionero se sintió muy intrigado.

—¿Qué le pasó, muchacho?

—Una ardilla. Se cruzó inesperadamente. Si no freno, la plancho. Usted no podía verlo, debido a su posición. ¿Cree que no me di cuenta de lo que podía pasar? Pero cuando frené, me dije que llevaba detrás de mí a un verdadero experto en el arte de la conducción y en aquel mismo instante sabía que no sucedería nada. Bien, ahora que ya lo sabe, pegue y quédese tranquilo.

El camionero sonrió.

—Me ha convencido, amigo —exclamó—. Chóquela, camarada. Es usted un tipo estupendo, créame. He topado con otros conductores que me han hecho jugadas semejantes, pero ninguno quiso disculparse siquiera...

—Yo siempre admito mis culpas, por mucho que puedan perjudicarme —contestó el joven humildemente—. Bien, amigo, ¿me permite ahora que le invite a lo que quiera?

—Una cerveza, gracias —dijo el camionero—. Soy Marty Tempton.

—Vic Lester. Ella es May Hickock, mi secretaria.

May fue a decir algo, pero se contuvo.

—Hola. Marty —sonrió.

—Es un placer, señorita —dijo Tempton.

Lester sacó un billete y los puso sobre el mostrador. De pronto, notó un codazo de la muchacha.

—Vic —susurró ella—, me temo que no hemos conseguido despistar a esos sabuesos. Ahí están otra vez.

* * *

El coche azul oscuro entró despacio en la explanada de la estación de servicio. Su morro seguía abollado, pero era evidente que le habían hecho una reparación de fortuna. Lester contuvo una maldición, al darse cuenta de que no podrían escapar sin ser vistos.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Marty, ¿dónde tiene su camión? —pregunto.

—Atrás, en la zona de vehículos pesados...

—¿Puede dejarnos en las inmediaciones del «Sevilla»?

—Pero tiene su coche...

—No confío en él. Aunque usted no lo crea, el frenazo no resultó todo lo efectivo que desearía. Pero ella y yo tenemos que llegar hoy al «Sevilla», sin falta.

Tempton asintió.

—Muy bien, vengan conmigo.

Lester y May corrieron hacia la puerta trasera. Instantes más tarde, se hallaban en la cabina del gigantesco camión.

Lester hizo que la muchacha pasara a la litera. Él quedó en el asiento del lado derecho, pero cuando ya el pesado vehículo pasaba por delante de la cafetería, corrió ligeramente las cortinillas, no tanto como para infundir sospechas, pero si lo suficiente para no ser visto.

—Conque tienen prisa en llegar al «Sevilla» —dijo Tempton con una risita maliciosa

—Usted también la tendría si le esperase allí un pastor para casarle con una chica tan preciosa como la señorita Hickock —contestó el joven desenvueltamente.

Tempton era un hombre con un acusado sentido del humor.

—Claro, claro, no es el primer ejecutivo que se casa con su secretaria —dijo.

Ya estaban a punto de salir a la autopista. Lester miró por una rendija de la cortinilla y pudo ver a tres tipos merodeando en su coche, con aire de desconcierto.

Tempton tiró de la cuerda de la sirena y el enorme camión se adentró en la autopista.

* * *

Lester ayudó a la muchacha a apearse del camión. Luego estrechó la

mano del conductor.

—Marty, gracias —dijo.

Tempton notó algo en la palma de la mano y bajó la mirada, asombrado.

—Eh, Vic, esto no me gusta.... Lo hice como un favor...

Lester se volvió

—Se lo merece. Marty —dijo, a la vez que agarraba el brazo de la muchacha.

—¿Por qué protestaba? preguntó ella.

—Le he dado cincuenta dólares. Se los merecía, ¿no crees?

—Puedes decir que sí —sonrió May.

El motel estaba a muy poca distancia. Lester apreció que Britt no había exagerado en lo más mínimo al describir su lujo.

Anochece ya y se dirigieron rectamente a la recepción. El encargado les miró con aire desdenoso. Lester se dio cuenta de que no ofrecían un aspecto demasiado elegante.

—Perdón —dijo—. Buscamos al profesor Voorhis. ¿Quiere avisarle...?

—Lo siento contestó el encargado—. El profesor y su esposa se marcharon esta misma mañana.

Lester se quedó abrumado, May emitió un gritito de rabia.

—El muy estúpido...

—¿Decía usted, señora? —preguntó el recepcionista.

—Nada —atajó Lester rápidamente—. Bien, hermano, vaya preparando dos habitaciones.

—Lo siento, señor; todo está ocupado.

El joven inspiró con fuerza. Iba a decir algo, pero May se le anticipó.

—Por favor, díganos adónde se fue el profesor. Es muy urgente.

—Lo siento, señora: el profesor se fue sin dejar su nueva dirección. Y... —el empleado volvió los ojos hacia Lester—, no hay habitaciones libres.

—May —dijo el joven—, recuérdame que, cuando volvamos a casa, vaya a ver al médico. A veces no oigo bien... aunque sí tengo una vista excelente. Por ejemplo, aquí estoy viendo un billete de veinte dólares... ¿Lo ve usted. Jacob?

El recepcionista emitió una sonrisita de conejo.

—Perfectamente, señor. Y me llamo James —Se apoderó del billete—. Tengo un *bungalow* que es una maravilla...

—Dos habitaciones —puntualizó May.

—El *bungalow* tiene cuatro, sala de estar, cocina, dos baños y piscina privada. El precio es de doscientos cincuenta dólares por día, sin extras, ni desayuno, ni...

—El aire es gratis, supongo —dijo May punzantemente.

James enrojeció.

—Señora...

Ella se volvió hacia el joven.

Necesito comprar algo de ropa. Mi maletín se quedó en el coche. Vic.

—Si me permite la señora... en el vestíbulo hay una *boutique*, con todo lo que pueda necesitar —indicó el encargado.

—Gracias. James.

Número nueve —dijo James, al entregar la llave a Lester.

El joven sonrió.

—Es usted muy amable —elogió.

Lester y May se marcharon. El empleado bajó la vista hacia el billete que le había dado el viajero.

Parpadeó, asombrado. El viajero decía ser un poco sordo, pero tenía buena vista. ¿O era él quien necesitaba visitar al oculista?

¿Cuál de los dos necesitaba lentes? Estaba seguro de haber visto la cifra veinte en el billete que Lester le había enseñado, pero el que tenía en las manos era solamente de dos dólares.

CAPÍTULO VIII

El conserje de noche estaba sentado en una silla, tras el mostrador, adormilado, y no se dio cuenta de que llegaba alguien, moviéndose con grandes precauciones. El recién llegado alargó la mano y golpeó con fuerza.

Había un arma en la mano. El cañón del revólver alcanzó la frente del conserje, quien se quedó inmediatamente sin sentido.

A continuación, el recién llegado abrió el libro de registro y paseó un dedo enguantado por las páginas escritas. Finalmente, vio dos nombres y sonrió levemente.

Cerró el libro y lo dejó en la misma posición. Luego cruzó el amplio vestíbulo y salió a la zona de terrazas. Las luces habían sido rebajadas considerablemente, a fin de evitar molestias a los huéspedes del motel. Junto a la gran vidriera de acceso a las terrazas, había un panel, con un plano en el que se indicaba la situación de los distintos *bungalows*.

El hombre pudo así orientarse y buscar el camino que conducía al número 9. El *bungalow* estaba en un pequeño recinto vallado, que excluía la posibilidad de que otros huéspedes pudieran pasar al interior, sin permiso de los ocupantes. Abrió la puertecita y siguió andando, junto al borde de la piscina que formaba parte del pequeño complejo.

Alguien le vigilaba desde cerca. Una mano se levantó, armada con un revólver prolongado en un tubo largo y oscuro. La mano izquierda ayudaba a sostener el arma.

Se oyó un leve chasquido. El hombre se estremeció.

El revólver vomitó otro disparo casi inaudible. Entonces, el sujeto giró lentamente hacia su derecha y se precipitó de bruces hacia la piscina. El agua se levantó con sonoro chapoteo de espumas.

El asesino aguardó todavía unos minutos, agazapado entre unos arbustos. La caída de su víctima al agua había causado cierto ruido y decidió esperar, para evitar ser descubierto prematuramente.

Un cuarto de hora más tarde, comprobó que nadie le había enterado del incidente. En silencio, se acercó al *bungalow* y manipuló en la cerradura.

Entró en silencio, alumbrándose con una diminuta linterna. Luego, sin hacer el menor ruido, se dirigió a los dormitorios.

Entró primero en el de May. La joven dormía apaciblemente.

Con infinito sigilo, el sujeto registró el dormitorio, torciendo el gesto al darse cuenta de que no había nada de interés. Retrocedió sigilosamente, salió y cerró la puerta.

Había tres dormitorios más. Antes de entrar en el de Lester, sacó del bolsillo un pulverizador y lanzó unas cuantas descargas de gas al ambiente.

Esperó diez minutos. Pasado ese tiempo, volvió a entrar en el dormitorio. El gas narcótico que había usado haría que el joven durmiese con seguridad media hora, evitando así un despertar inoportuno. Si se despertaba pasado ese plazo, ya no tendría importancia: él se habría ido.

El registro fracasó también. Torciendo el gesto, el hombre se marchó, procurando no dejar la menor huella de su paso por el *bungalow*. Ninguno de los dos ocupantes del mismo se percató de lo que había sucedido

* * *

Lester despertó por la mañana, se metió bajo la ducha y luego se vistió. Cuando terminó, se sentía extrañamente eufórico.

—¡May! —gritó—. ¡Date prisa: hemos de ir a desayunar y tengo un apetito de lobo!

—Saldré en seguida. Vic —contestó la muchacha desde el otro baño.

Lester aguardó en el salón. Ella apareció a poco, fresca y radiante.

—Tienes un aspecto maravilloso —elogió Lester.

—Gracias —May se ruborizó—. He dormido como un tronco. Quizá sea eso, Vic.

—Sí, seguro; no hay corno dormir bien para no tener preocupaciones.

—Se duerme bien cuando no hay preocupaciones, y a nosotros no nos faltan —corrigió ella—. Bien, ¿cuál es el plan?

—Alquilaremos un taxi y regresaremos a la estación de servicio donde se quedó el coche. Después iremos al laboratorio de tu casquivano jefe.

—¿Para qué? se extrañó ella.

—¿Tienes la llave?

—Sí, desde luego.

—Quiero echar un vistazo a ese lugar. Tal vez así encontremos alguna pista que nos permita dar con él... y, de paso, quizá podamos enterarnos en qué consiste ese chisme que puede destruir a la Humanidad.

—Es un aparato muy dañino, pero, vamos, de ahí a que pueda destruir al género humano... —dudó ella, escéptica.

—Los sabios de hoy día son más sabios que nunca, pero, a veces, pierden el sentido de la proporción —contestó Lester—. Bueno, muñeca, aquí estamos charlando como dos cotorras y necesitamos llenar el buche. Vámonos ya; con el estómago vacío, no coordino demasiado bien las ideas.

—Me parece muy bien —sonrió ella. De pronto, agarró el brazo del joven—. Quiero decirte una cosa. Vic.

Lester se volvió.

—¿Suced algo, muñeca?

—Gracias por... por tu comportamiento caballeroso —dijo la

muchacha, muy encarnada.

Las cejas de Lester se alzaron.

—¿Acaso pensabas que iba a irrumpir en tu habitación a la medianoche, tratando de... bueno, de lo que estás pensando?

—No, pero creí que... Bien, yo pensé que intentarías...

—Si no había la menor posibilidad, ¿para qué intentarlo?

—¿Cómo puedes saberlo? Ni siquiera me hiciste la menor insinuación. Además, la puerta de mi dormitorio no estaba cerrada con llave.

El joven dio un respingo.

—De modo que si esperabas que fuese...

—No sé cómo decírtelo —contestó ella, irritada consigo misma—. Pero lo que no esperaba en modo alguno es tu frialdad, tu desdén...

—No hay quien entienda a las mujeres —clamó él—. Primero, elogia mi comportamiento caballeroso; luego se lamenta de que no me haya portado como un rufián.

—Eh, eh, yo quería decir sólo haberlo intentado, no ponerlo en práctica —respondió May.

—Pues no, no se me ocurrió siquiera, pero lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—Quizá, entonces, no te haga caso.

—Yo me refería a otra chica —contestó él desenvueltamente.

May pateó el suelo.

—¡Oh, eres... imposible!

Y salió del *bungalow*, taconeando rápidamente.

Lester hizo un gesto con la cara y las manos, como queriendo demostrar que no comprendía en absoluto el comportamiento de la muchacha. Luego echó a andar detrás de ella y, de repente, la oyó gritar:

—¡Tipo fresco! Habrase visto desvergüenza mayor; bañarse vestido en una piscina privada...

Lester salió fuera y contempló el cuerpo humano que flotaba sobre la superficie de la piscina, boca abajo y con los brazos y las piernas extendidos. Lentamente, se acercó al borde y entonces divisó dos agujeros en la chaqueta del sujeto.

—No se está bañando. May —dijo—. En realidad, no sabe dónde está.

—¿Cómo, Vic?

Lester agarró a la muchacha por el brazo

—Vamos a tener más jaleo —profetizó—. Ese pobre hombre está muerto.

—A lo mejor, se emborrachó, cayó al agua, se ahogó...

—Le pegaron dos tiros.

May ahogó una exclamación de terror.

—Vic...

—No nos queda otro remedio que avisar a la Policía. Bueno, que la

avise el recepcionista —dijo él.

Momentos después, llegaban a recepción James estaba de nuevo tras el mostrador.

—¿Han quedado contentos los señores de nuestro motel —preguntó cortésmente.

Lester puso la llave sobre el mostrador.

—James, voy a enviar una queja a la dirección —manifestó.

El hombre se alarmó.

—Señor, no creo que haya sucedido nada...

—¿Están incluidos los cadáveres en el precio del hospedaje?

James soltó una risita

—Je. Tiene usted un humor magnifico, señor Lester...

—Hablo en serio. Hay un cadáver en nuestra piscina. El empleado comprendió que Lester decía la verdad y apoyó un codo en el mostrador, para cubrirse los ojos con la mano.

—Eso explica el ataque sufrido por el conserje de noche —dijo desalentadamente.

—¿Cómo? —exclamó el joven.

James se recobró y alargó la mano hacia el teléfono. No tardarán en saberlo —contestó—. Ya he llamado a la Policía una vez y ahora tengo que hacerlo de nuevo. Con el permiso de los señores...

* * *

El coche estaba intacto, en el mismo lugar donde lo habían dejado la víspera. May se derrumbó en el asiento, a la vez que lanzaba un profundo suspiro.

—Cuando llegue a casa, voy a meterme en la cama y dormiré veinticuatro horas seguidas.

—Yo diría que esta noche has dormido muy bien —dijo Lester, a la vez que accionaba el contacto—. Lo que pasa es que el mismo nerviosismo te hace sentir una fatiga que no tiene un origen realmente físico.

—Pero me siento cansada, cansada de todo esto, harta de buscar al profesor sin encontrarle, harta de crímenes... Vic. nos encontramos los muertos hasta en la sopa...

—En eso tienes algo de razón —convino él, mientras procuraba buscar la salida a la autopista—. Bueno, quizá veinticuatro horas de descanso absoluto te hagan mirar las cosas con un poco más de optimismo.

—No lo sé. De todas formas, desisto. Abandono, en una palabra.

—¿Por qué?

—Vic, compréndelo. No soy la niñera del profesor. ¡Caramba, ya ronda el medio siglo y se porta como un adolescente con su primer amor! Va por aquí, por allá, llevándose consigo a la furcia...

—La espía —recordó él.

—Lo mismo me da. No voy a pasarme la vida siguiéndole. Ahora sé que está bien, aunque ignore su paradero. ¡Bueno, pues que se divierta! —concluyó ella, exasperada.

Lester comprendió las razones de la muchacha. Bien mirado, se dijo, habían intentado lo imposible por encontrar al profesor y prevenirle de lo que sucedía. Esperarían a contárselo todo, cuando Voorhis diese por concluida su «excursión» en compañía de Maisie Random.

Callaron durante unos momentos. Luego. May rompió el silencio.

—Vic, parece evidente que el muerto quería entrar en el *bungalow* dijo.

—Sí, todos los indicios apuntan a ello ¿Por qué lo dices?

—Bueno, estoy tratando de recordar... No estoy segura... Vic. ¿recuerdas la conversación que tuvimos antes de ver el muerto en la piscina?

—Sí, claro. Primero dijiste que me había portado como un caballero, pero luego parecías lamentarlo.

—Hombre, me habría gustado que lo intentases. Ya sabes, el amor propio, el orgullo de saberse atractiva y todo eso.

—Y luego te habrías dado el gustazo de rechazarme.

—O no.

Lester volvió la cabeza un instante.

—May, ¿estás en tu sano juicio? ¿A qué viene esa sarta de tonterías?

—preguntó, furioso.

—Espera un momento, hombre No puedes enfadarte porque exprese en voz alta mis pensamientos. Pero todo esto viene a cuento de que... No estoy absolutamente segura, pero creo que alguien entró en mi dormitorio durante la noche.

Lester se puso una mano en el pecho.

—Puedo jurarlo, no fui yo —dijo solemnemente.

—No. El intruso, si es cierto, no me tocó siquiera. Creo haberlo visto entre sueños... ¿O quizá lo soñé, efectivamente? Pero estaba tan dormida...

—May, lo que sí parece cierto es que el muerto iba a nuestro *bungalow*. Hay dos bandas que se disputan el maldito chisme del profesor. Tal vez el hombre a quien viste entre sueños, eliminó al competidor y luego entró en el *bungalow* sin que nos diéramos cuenta.

—Pudo ser, pero, entonces, ¿a qué entró?

—Buscaba pistas, como nosotros. Ese aparatito debe de ser algo muy valioso y se lo están disputando como si fuese un cargamento de diamantes.

—Sí, pero, ¿dónde está? ¿Quién se lo llevó de la casa de Hythana Beach?

—Eso es algo para lo que no encuentro la respuesta apropiada —dijo el joven.

CAPÍTULO IX

Lo primero que hizo al llegar a su casa fue prepararse una doble ración de whisky. Luego se metió en la bañera y permaneció largo rato relajándose. Cuando salió, eran ya las nueve de la noche.

En aquel instante, sonó el teléfono.

Levantó el auricular.

—Lester —dijo.

—Vic, soy Britt. Tengo algo importante que decirte.

—¡Britt! —repitió él—. ¿Cómo se te ha ocurrido...?

—Te he llamado antes, pero no contestabas. Vic.

—Lo siento, estuve fuera. ¿Qué sucede?

—Acabo de enterarme de la muerte de Leo Hoffman. Sabes a quién me refiero, supongo.

Lester asintió.

—Menuda forma de despertarle a uno —se quejó—. Le metieron dos balazos en la espalda, pero nadie sabe quién ha sido.

—Quizá te lo pueda decir Trish Perrods —apuntó ella.

—¿Perrods? ¿Quién es ese tipo?

—El dueño del Sphere. Hoffman trabajaba para él. Debía de hacerle trabajos muy... especiales, porque nunca le vi servir a las mesas ni atender a los clientes. Siempre vigilaba el local con mirada de ave de presa. Debía de ser su guardaespaldas o cosa por el estilo.

—Y ahora está muerto...

—Tal vez Perrods sepa que buscaba Hoffman en el «Sevilla», Vic.

—Es posible, desde luego —convino el joven—. Gracias por la información, Britt

—Si vienes esta noche, ya sabes a qué hora acabo —dijo ella, insinuante.

—Lo tendré en cuenta, preciosa.

Lester colgó el teléfono y se quedó pensativo unos momentos. Luego, de repente, lo levantó de nuevo y marcó un número.

Esperó un rato, pero nadie contestó a su llamada. Al fin, colgó el teléfono.

—Pobre chica —murmuró—. La verdad es que debe de estar rendida con tantas emociones. Es posible, incluso, que May haya tomado algún sedante, para dormir mejor...

Lester estaba equivocado. May se hallaba despierta, pero no estaba en su casa, precisamente.

Sentada tras la mesa de trabajo del profesor Voorhis, revisaba minuciosamente sus documentos, tratando de encontrar alguna pista que le condujera a localizarlo o, por lo menos, saber algo más sobre aquel misterioso aparato, que tantas catástrofes podía producir. Pero, hasta el momento, no había encontrado el menor dato que pudiera

serle de alguna utilidad.

De pronto, llamaron a la puerta.

May alzó vivamente la cabeza, preguntándose quién podía ser. No esperaba a nadie a tales horas, ni nadie tenía por qué saber que se encontraba en aquellos momentos en la casa del profesor, de cuyas llaves disponía ella.

La llamada se repitió. May buscó algo y encontró una plegadera en forma de espada antigua, con la hoja de unos veinticinco centímetros de larga.

Con la plegadera en la mano y ésta a la espalda, salió del despacho, cruzó el vestíbulo y atisbó por la mirilla. El hombre que se hallaba al otro lado no parecía sospechoso.

Abrió y le miró inquisitivamente.

—¿Si?

El visitante vestía con gran elegancia y se quitó el sombrero, a la vez que sonreía cortésmente.

—Perdón, señorita. Tengo entendido que aquí vive el profesor Voorhis.

—Es cierto —contestó May—. Pero el profesor se encuentra ausente en estos momentos...

—Oh, cuánto lo siento —dijo el desconocido—. Perdón, no me he presentado todavía. Soy Hudson Winston Attell.

—Me llamo May Hickock y soy la secretaria personal del profesor —dijo la muchacha Si puedo serle útil en algo, señor Attell...

El hombre vaciló.

—Verá... ¿No le importa que pase un momento?

May le miró fijamente. Attell se echó a reír.

—No desconfíe de mí, señorita. No soy ningún ladrón, sino, simplemente, un hombre de negocios, que había empezado a tratar uno muy importante con el profesor.

—Está bien, entre, pero le ruego sea breve. Tengo mucho trabajo atrasado y si me ha encontrado aquí a estas horas tan tardías, es porque quería ponerlo al día...

—No la entretendré mucho, señorita Hickock. Puesto que es la secretaria del profesor, quizá haya oído mi nombre.

—No: es la primera vez que lo oigo. ¿De qué se trata?

Ya estaban en el despacho. May le indicó una silla, pero Attell no quiso sentarse.

—Tengo entendido que el profesor ha hecho un descubrimiento importantísimo en el campo de la electrónica. Representó a una poderosa empresa del ramo, aunque, de momento, prefiero callar el nombre. Nos sentimos muy interesados por el descubrimiento del profesor y estaríamos dispuestos a financiar sus trabajos, con un presupuesto inicial de dos millones de dólares, ampliable a tres, en

caso necesario. Una vez comprobado el rendimiento industrial de su aparato, estableceríamos un contrato para la explotación comercial del mismo. Puedo asegurarle que el profesor resultarla altamente beneficiado en tal caso, señorita Hickock.

May se quedó muy impresionada por aquellas palabras. Attell parecía un verdadero hombre de negocios y sus palabras ofrecían un tono de sinceridad, del que no podía dudar en absoluto.

—Bien, señor Attell —respondió—. El profesor se halla ausente en estos momentos y yo misma ignoro su paradero actual. Se ha tomado unas vacaciones y, suele hacerlo así siempre, nunca deja su dirección. Sin embargo, le prometo telefonearle en cuanto llegue para que se ponga en contacto con usted.

—Es usted muy amable, señorita —dijo el visitante—. Le dejare una tarjeta de visita, con mi dirección privada y el número de teléfono. Tenga la bondad de avisarme apenas haya visto al profesor.

—Así lo haré —prometió May.

Attell metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó una billetera. A May le pareció que al visitante se le caía algo al suelo, pero no estaba completamente segura.

La tarjeta quedó sobre la mesa. May acompañó a Attell a la puerta. Luego regresó al despacho.

Delante de la mesa, en el suelo, vio una fotografía. Se inclinó para recogerla, dándose cuenta de que era la que se le había caído a Attell, sin que éste lo hubiese notado.

Contempló la fotografía. Attell estaba en traje de baño, en el borde de una piscina, con el brazo en torno a la cintura de una opulenta mujer, de unos treinta años de edad, bastante guapa. Los colores permitían ver el tono intensamente negro de la cabellera femenina.

Al cabo de unos momentos, volvió la fotografía. En el dorso había escritos dos nombres y una fecha: Hudson Maisie, abril 81.

—Notable, muy notable —comentó para sí.

Ahora ya no le cabía la menor duda de que Maisie era una espía y que trabajaba para Attell.

Lester debía saberlo, se dijo. Llamó a su casa, pero el joven no contestó.

—Pobre, debe de sentirse terriblemente cansado y estará dormido como un tronco —murmuró con acento compasivo.

* * *

—Jefe, ahí hay un tipo que quiere verle —anunció Sam Deyles.

Trish Perrods estaba en su mesa de despacho, escribiendo algo, y levantó la cabeza para mirar a su esbirro.

—¿Quién es, Sam?

—No lo sé. Dice que se llama Vic Lester, es todo lo que puedo decirle.

—Está bien, saldré en seguida.

Deyles permaneció en el despacho, hasta que su jefe se hubo puesto en pie. Con los ojos entornados, contempló la caja oscura que había traído días atrás de una casa de la playa.

Aquella grabadora... Quizá la cinta se accionaba de un modo distinto, se dijo, mientras presionaba una de las teclas de contacto.

Una luz roja se encendió inmediatamente, pero no se produjo el menor sonido. Deyles esperó unos momentos en vano.

Luego se encogió de hombros. En aquel momento, sonó la voz de su jefe con tonos ásperos.

—Sam, ven inmediatamente —llamó.

—Sí, jefe.

Perrods estaba en el umbral. Deyles le siguió en el acto.

Lester aguardaba en una especie de antesala y se puso en pie al ver a los dos hombres.

—¿Perrods?

—Yo soy —dijo el interpelado—. ¿Qué quiere usted, señor Lester?

—Desearía hablar de Leo Hoffman.

—No sé quién es —respondió Perrods instantáneamente.

Lester le miró durante un segundo.

—Es usted un mentiroso —acusó.

—Sam, echa a este bastardo de aquí —ordenó Perrods.

Lester alzó una mano.

—No es necesario que empleen la fuerza —exclamó—. Ya me iré, pero quiero que sepa una cosa; estoy perfectamente enterado de que Hoffman trabajaba aquí, de modo que si le he llamado mentiroso, es verdad. Otra cosa: Hoffman apareció muerto en una de las piscinas del motel «Sevilla». Yo ocupaba el *bungalow* al que pertenecía esa piscina. ¿Quiere más datos para apoyar mi acusación de que me ha mentido?

Perrods apretó los labios.

—Está bien —dijo—. Admitamos la mentira. Pero no sé qué diablos podía hacer Hoffman en aquel lugar...

—¿Tampoco sabe quién lo asesino?

—Si lo supiera, le iba a costar muy caro, créame.

—Señor Perrods, ¿me cree tan ingenuo como para aceptar la teoría de que Hoffman fue al «Sevilla» por propia iniciativa?

—Lo que usted crea me es indiferente. Ya hemos terminado de hablar, señor Lester.

El joven se encaminó hacia la puerta.

—Muy bien —dijo—. Ya vendrá la Policía a hacerle preguntas sobre Hoffman.

—¡Fuera! —chilló Perrods descompuestamente.

Lester levantó las dos manos.

—Ya me iba —sonrió—. Por cierto, ¿no sabe usted nada de cierto

aparato electrónico construido por el profesor Voorhis?

—¡No, no sé nada! ¡Y lárguese de una vez o no respondo de mí! —bramó el dueño del Sphere.

—Volveremos a vernos. Perrods —aseguró el joven sin inmutarse.

Abandonó la sala y se encaminó hacia la parte que era destinada al público. Lester se sintió admirado al ver que los daños causados por el tumulto habían sido reparados casi en su totalidad.

Había mucha gente, aunque no tanta como la noche del escándalo. Con la sonrisa en los labios, se acercó al mostrador.

—No sé qué le pasa a Perrods, pero está imposible —dijo.

Britt le puso un vaso delante.

—Hay días en que se le desata el mal genio y no hay quien lo soporte manifestó.

—Debe de ser hoy uno de esos días. Bien. Britt, gracias por todo. Ahora tengo que marcharme...

—¿No vendrás a esperarme? —preguntó ella, mimosa.

En aquel momento, un cliente se apeaba del taburete, al otro lado del mostrador. Al hacerlo, chocó contra un camarero que llevaba una bandeja repleta de vasos y botellas.

La bandeja cayó al suelo con tremendo estrépito. El camarero se enfureció.

—¡Maldito estúpido, asqueroso hijo de perra! —rugió—. ¿Es que no tiene ojos en la cara?

El hombre se inclinó, agarró la bandeja y, alzándola con ambas manos, golpeó al camarero en la cabeza.

Se oyó un sonido casi musical. La bandeja se abombó por efectos del golpe.

Un camarero se arrojó sobre el cliente y empezó a sacudirle de firme. Un amigo del cliente intervino en la pelea.

Lester cambió una mirada con Britt.

—¿Hay sitio ahí? —consultó.

Ella extendió un brazo.

—Al refugio, empieza el bombardeo —dijo de buen humor.

En pocos segundos, se había producido nuevamente un espantoso tumulto. Lester, agazapado tras la barra, contemplaba la escena con ojos que le hacían creer estaba viendo visiones.

Perrods apareció en la sala, seguido de Deyles y un par de esbirros más, tratando de poner orden de aquel horrible jaleo. Alguien se revolvió contra el dueño del local y le asestó un silletazo.

Deyles golpeó al atrevido con los dos puños. Otro le arreó un tremendo botellazo y lo dejó sin sentido.

Lester contemplaba la pelea multitudinaria sin atreverse a intervenir. Sin embargo, notaba cierto cosquilleo y le pareció sentir deseos de lanzarse al tumulto.

De pronto, concibió una idea.

—Ya nos veremos. Britt —se despidió.

Abandonó el mostrador y corrió pegado a las paredes, para evitar ser alcanzado por un proyectil o recibir algún golpe inoportuno. Dos hombres, que se peleaban ferozmente, le cerraban el paso al lugar adonde quería llegar.

Había en el suelo restos de una silla. Lester se inclinó, agarró una pata, y golpeó sucesivamente dos cráneos. Al hacerlo, sintió una extraña satisfacción y casi lamentó que los dos contendientes hubieran caído tan fácilmente. De buena gana habría seguido zurrándoles...

Pasando por encima de los caídos, consiguió llegar al despacho de Perrods. Encima de la mesa vio lo que parecía una grabadora, en la que titilaba una lámpara piloto de color rojo.

Sin el menor escrúpulo, se apoderó del aparato, presintiendo que era el que Voorhis había construido. Abrió una ventana, saltó al exterior y se perdió en la oscuridad de la noche.

Cuando se alejaba a bordo de su automóvil, oyó a lo lejos las sirenas de los coches policiales que se acercaban a toda velocidad.

La luz roja del aparato continuaba encendida. Lester pensó que las pilas podían agotarse y tocó varias teclas. La lámpara se apagó.

Extrañamente, se sintió muy tranquilo. Incluso se permitió reducir la velocidad de su coche, para evitar conflictos con algún policía de tráfico demasiado quisquilloso.

CAPÍTULO X

May salió a abrir, todavía envuelta en una bata y con los ojos cargados de sueño.

—Madrugas mucho, Vic —se quejó.

Lester echó una mirada a su reloj.

—Son las nueve y media —señaló.

—Me he acostado casi a las cuatro de la madrugada —dijo ella.

—Sí, tienes cara de haberte corrido una buena juerga —convino él. Mejor será que vayas al baño y te des una ducha fría; yo prepararé el caté mientras tanto.

—Te lo agradezco, pero debes saber que no estuve de juerga precisamente —repuso la muchacha.

Bostezó un par de veces y se encaminó con paso inseguro hacia el baño. Antes de desaparecer de la vista del joven, se volvió y señaló la mesa.

—Ahí tienes algo muy interesante. Vic.

Lester había ido con una bolsa de lona en las manos y la dejó sobre una silla. Acercándose a la mesa, vio la fotografía y leyó la inscripción del dorso.

—Muy notable —murmuró.

—Así que hemos confirmado la teoría de la espía —dijo May, más tarde, después de haber vaciado un par de tazas de café.

—Eso parece, aunque, en este caso, podría hablarse de espionaje industrial, ¿no crees?

—De eso ya no cabe la menor duda. Maisie trabaja para Attell. Ahora bien, ¿qué tienen que ver los otros con el chisme del profesor?

—No puedo asegurarte nada, salvo que buscan ese aparato y, lógicamente, para obtener algún provecho. Debe de ser algo maravilloso, estoy seguro de ello.

—Maravilloso, pero también dañino, Vic.

—Si tuviéramos al profesor aquí... Podríamos preguntarle cómo funciona su artefacto.

—¿De qué nos servirla, si no lo tenemos?

Lester se dio una palmada en la frente.

—Pero, ¡qué memoria tengo! —dijo, simulando un olvido que no existía—. Mira que no acordarme de que tengo ese chisme aquí...

May dio un salto en su silla.

—Vic, no te burles de mí —solicitó.

—Hablo en serio, nena. Tengo el aparato del doctor Voorhis.

—¿Quién ha obrado el milagro? —preguntó ella, sonriendo.

—¿Milagro? —repitió Lester—. Bueno, si se considera que anoche estuve a punto de dejarme el pellejo en el Sphere...

—¿Qué pasó, Vic?

—Algo muy extraño. Por segunda vez, la gente empezó a mostrarse irritada, nerviosa... Un cliente derribó la bandeja de un camarero y éste le insultó atrocemente. Luego se liaron a golpes... Bien, en pocos segundos, se había formado allí un espantoso pandemónium, igual que la vez anterior. Aunque anoche, por fortuna, no hubo disparos.

—El Sphere debe de ser un local muy especial dijo May—, Seguramente, la pelea debe de estar incluida en el precio de la consumición.

—Tal vez, pero vaya una forma de divertir a la gente... El local quedó arrasado la primera vez. Anoche aún no se habían reparado totalmente los desperfectos y de nuevo empezaron las pendencias. Como esto siga así. Perrods va derecho a la ruina.

—¿Quién es Perrods. Vic?

—El dueño del Sphere. Él tenía el aparato del profesor.

Lester relató la forma en que había conseguido rescatar el artefacto. Cuando terminó, ella aventuró una hipótesis.

—Entonces, fue Perrods el que se lo llevó de la casa de Hythana Beach —dijo.

—Después de la matanza, naturalmente.

—Bien Vic, ¿dónde tienes la caja?

Lester hizo un movimiento con la cabeza y ambos se encaminaron a la sala. El joven sacó el aparato de la bolsa y lo puso encima de la mesa. May se inclinó para contemplarlo atentamente.

—No lo había visto nunca —dijo al cabo de unos momentos.

—Cuando yo lo encontré, había una lámpara encendida, pero la apagué a los pocos momentos. Está aquí...

—¡No! —gritó ella repentinamente.

—May, ¿qué te ocurre? —se alarmó él.

—El profesor dijo que no tocase la caja para nada, que era muy peligroso. Será mejor que le hagamos caso. Vic.

—Muy bien, pero, entonces, ¿no crees que deberlas esconderla en alguna parte?

—Por supuesto.

May agarró la caja y se marchó a su dormitorio. En aquel instante. Lester divisó una grabadora auténtica.

Presionó la tecla de contacto. Una música alegre invadió la estancia en el acto.

May salió y sonrió al oír la música.

—¿Te gusta? La grabé el otro día, cuando la emitían por la radio...

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Lester paró la grabadora. May cruzó la sala para abrir. Él la siguió con la mirada, embobado al apreciar la facilidad de sus movimientos y la esbeltez de su figura.

«Una chica realmente preciosa», pensó.

De pronto vio que May caminaba hacia atrás, con las manos en alto.

* * *

Lester se irguió. Caldwell entró, seguido de sus dos esbirros, cada uno de los cuales empuñaba una pistola.

—Esta vez no habrá burlas —dijo el sujeto torvamente.

—Con semejante batería de artillería, no, no habrá burlas —convino el joven con cortés acento—. ¿Puedo preguntarles qué desean, caballeros?

—Lo saben demasiado bien —respondió Caldwell—. Queremos el aparato del profesor Voorhis y nos lo vamos a llevar, les guste o no.

—Vivos o muertos —dijo un pistolero amenazadoramente.

—¿Ustedes o nosotros?

—Nosotros... ¡Maldita sea, no: ustedes! —chilló el sujeto.

—Basta ya —atajó Caldwell—. ¿Dónde está el aparato?

—No lo tengo —dijo May.

Lester dio un paso lateral con aire aparentemente ingenuo.

—Lo tiene el profesor —dijo, a la vez que fingía hacer unos movimientos disimulados, como si quisiera esconder algo.

Caldwell le miró hostilmente. Lester continuaba con su expresión de ficticia ingenuidad.

De repente. Caldwell avanzó hacia él y lo apartó de un brutal empujón.

—¡Quítese de en medio, imbécil! —rugió.

Lester se tambaleó y pareció a punto de caer. Un esbirro le apuntó con el arma.

—¿Disparo, jefe?

—No —Caldwell se echó a reír, a la vez que mostraba algo con la mano en alto—. ¡El muy estúpido! Creía que iba a engañarme... Conque el aparato del profesor no estaba en la casa, ¿eh?

May fue a decir algo, pero consiguió callarse a tiempo. Sonriendo satisfecho. Caldwell se encaminó hacia la puerta.

—Hace tiempo le hice una oferta al profesor. Le daba cincuenta de los grandes por su invento, y me echó a patadas de su casa. Bien, ahora lo ha perdido todo, el invento y la «pasta». ¡Adiós, pareja de idiotas!

Caldwell y sus esbirros abandonaron la casa. May fijó la vista en Lester.

—¿Se darán cuenta? —murmuró ella.

—No te quepa la menor duda —respondió el joven.

—Entonces, volverán...

—Puedes estar completamente segura. Lo mejor que podemos hacer es levantar el vuelo, muñeca.

—Sí, pero, ¿adónde vamos?

—De momento, lejos de esta casa. Luego ya pensaremos algún sitio

donde podamos escondernos con seguridad.

Lester entregó la bolsa a la muchacha.

—Mete ahí el maldito aparato —indicó.

Ella hizo un gesto afirmativo y corrió hacia el dormitorio. Lester se acercó a la ventana.

Instantes después, vio a Caldwell y sus secuaces que salían de la casa. Había un automóvil parado junto a la acera y penetraron en su interior.

Caldwell y uno de los pistoleros se acomodaron en el asiento posterior. El otro esbirro dio la vuelta para sentarse tras el volante.

—De modo que ése es el chisme —dijo Will Keyton.

—Exacto, éste es el aparato —contestó Caldwell sonriendo.

—Bueno, pero, ¿para qué sirve?

—Ahora lo veremos.

Caldwell presionó una tecla. Un torrente de música inundó repentinamente el interior del vehículo.

—Suena muy bien —sonrió Keyton.

Caldwell abrió la boca, pero no emitió ningún sonido, hasta pasados unos instantes. Luego, de pronto lanzó un atronador rugido:

—¡Una grabadora! ¡Una maldita grabadora! Nos han engañado como chinos...

—¡Jefe! —gritó el conductor repentinamente—. El coche no arranca.

—Arréglalo como sea, hijo de perra —vociferó Caldwell descompuestamente.

—El hijo de perra lo será usted, especie de burro sarnoso —contestó el chófer,

Keyton se quedó atónito.

—Pero, Lemmy, ¿qué estás diciendo?

—Vete al infierno. ¡Digo lo que me parece, estúpido...!

—Oye, Lemmy, a mí no me chilles...

—¡Cuidado! —aulló Caldwell repentinamente.

Dos hombres corrían hacia el coche, pistola en mano. Lemmy, el conductor, emitió un agudísimo chillido.

Keyton era hombre rápido y consiguió sacar su revólver. Durante unos segundos, hubo un infierno de tiros en la calle.

La gente corría espantada en todas direcciones. Desde la ventana, Lester presenció atónito el horrendo espectáculo.

Cuando los disparos cesaron. Lemmy, el conductor, yacía hecho un ovillo en su asiento. Caldwell estaba derrumbado en el fondo del coche.

Uno de los pistoleros estaba boca abajo, en la acera. El otro se agitaba débilmente todavía.

Se abrió una de las portezuelas del coche. Keyton, con la cara llena de sangre y los ojos extraviados, se apeó del vehículo.

Aún conservaba la pistola en la mano. Se acercó al otro matón y le disparó un tiro a la cabeza. El pistolero dejó de moverse.

Luego, Keyton empezó a dar coléricas patadas al cadáver de su atacante, como acometido por un acceso de demencia furiosa. De repente, giró sobre sí mismo y cayó de espaldas al suelo, en donde se quedó completamente inmóvil.

Lester había presenciado la escena, sin perder el menor detalle. Después del estrépito de los disparos, sobrevino un gran silencio.

Era un silencio relativo. A través de la portezuela abierta del coche, salían estridentes las notas de la melodía grabada días antes por May. Lester se admiró que con todo aquel diluvio de balas, la grabadora no hubiera sufrido el menor desperfecto.

May se acercó con un objeto en las manos.

—Vic, he oído muchos tiros...

—Hay cinco muertos —contestó él sombríamente.

—¡Dios mío! —se espantó la muchacha.

—No sé qué diablos ha podido pasar —dijo Lester—. Se han atacado como fieras, sin el menor rastro de humanidad. Una vez vi una película de guerra con japoneses, en un ataque *banzai*, y créeme, los soldados suicidas japoneses eran corderitos en comparación con esos pobres diablos que se han disparado hasta exterminarse mutuamente.

—Es algo horrible, desde luego —convino ella—. Pero ahora, supongo, no tenemos necesidad de marcharnos de casa.

—No. Además, podría perjudicarnos. La policía está acudiendo y no tenemos necesidad de que nos hagan preguntas indiscretas.

—Está bien, guardaré el aparato de nuevo. Vic.

Lester se volvió. La lámpara roja estaba encendida.

—¿Qué has hecho, estúpida? —gritó de repente—. ¿No ves que lo has puesto en marcha, especie de mula con faldas?

—¡Vic, no me grites así, imbécil! ¡Yo no te he hecho nada para que me insultes de esa forma, asqueroso canalla!

—Cierra el pico, idiota. Yo digo lo que me parece...

Ella, de pronto, le dio una bofetada. Lester se la devolvió.

May gritó y cayó sentada al suelo. La caja escapó de sus manos y quedó en la alfombra a un lado. Al inclinarse, porque iba a caer de costado, apoyó una mano en la caja.

La luz encarnada se apagó de inmediato. Lester se había inclinado, para pegarle de nuevo, pero suspendió el gesto y se irguió, mirando asombrado a su alrededor.

—May, ¿qué ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué hemos enloquecido de repente?

Ella tenía la vista extraviada.

—No lo sé... Yo me sentía terriblemente excitada... Vic, creo que en estos momentos, si hubiera tenido una pistola en la mano, te habría

matado sin vacilar.

El joven se pasó una mano por la frente. Luego fijó la mirada en la caja de color gris.

La luz roja se había apagado. Momentos antes, estaba encendida.

—May —dijo lentamente—, creo que empiezo a comprender lo que sucede.

CAPÍTULO XI

May aguardó expectante a que Lester volviera a hablar. Al cabo de unos momentos, Lester fue al aparador y buscó una botella.

—Tomaremos un trago —propuso.

—Sí, me está haciendo mucha falta —admitió la muchacha.

Bebieron en silencio. Luego. Lester con gran cuidado, se inclinó y depositó la caja sobre la mesa

—Creo que ahí está el culpable de todo lo que sucede —dijo.

May contuvo la respiración.

—¿Es posible? —murmuró con un hilo de voz.

Presentía que el joven decía la verdad. Lester no le contestó inmediatamente; fue primero a la ventana y observó durante unos momentos la enorme confusión que había provocado el tiroteo entre los pistoleros.

Luego volvió junto a la mesa y puso una mano sobre, el aparato.

—Acordamos marcharnos de aquí y te dije que lo guardases —habló calmamente—. Tú te lo llevaste, pero no sé qué hiciste con él.

—Lo puse en la bolsa. Creo... casi apostarla algo a que presione involuntariamente la tecla que enciende la lámpara roja —contestó ella.

—Así tuvo que ser, porque cuando lo trajiste de nuevo, estaba encendida —concordó Lester—. Mientras, se había producido la batalla en la calle. Ignoro los motivos, aunque apostarla algo bueno a que los dos pistoleros que atacaron a Caldwell y sus esbirros estaban pagados por Perrods, el dueño del Sphere. Recuerda que Perrods tenía la caja en su poder y que, seguramente, fueron sus hombres los que se apoderaron de ella, después de la matanza de la casa de Hythana Beach. Ahora bien —continuó el joven—, cuando viniste aquí, la luz estaba encendida y tú y yo nos hemos insultado horriblemente, y hasta nos hemos pegado. Cuando apagué la lámpara, nuestra furia se calmó. ¿Vas comprendiendo?

May, sumamente pálida, asintió.

—Sí, me parece que ya sé lo que sucede. Cuando esta luz está encendida, la gente que se encuentra en las inmediaciones, resulta afectada de algún modo por unas emisiones que desconocemos y se vuelve furiosa.

—Por eso el profesor te dijo que no tocases la caja, que era muy peligrosa. Creo que, al llevarla a tu cuarto, fue cuando el aparato se puso en funcionamiento. Quizá a unos les afecta más que a otros o con mayor rapidez: el caso es que el tiroteo se produjo antes que nuestra pelea. Pero también puede suceder que si uno se mantiene tranquilo por sí mismo, sin nada o nadie que excite su atención en sentido negativo, insultándole o pegándole, por ejemplo, se puede evitar los

efectos de ese aparato. Cuando yo vi la lámpara encendida, me irrité muchísimo. Ya tienes ahí una causa para mi furia.

—Y me insultaste y yo perdí los estribos y empecé a llamarte cosas y te pegué...

—Y yo no mantuve las manos quietas, y si no llego a ver la luz encendida. Dios sabe en qué habría parado la cosa —dijo Lester disgustadamente—. May, ¿qué infernal artefacto inventó el profesor?

—No me lo preguntes; yo soy absolutamente profana en la materia. Ni siquiera me confiaba sus notas y apuntes científicos. Eso lo hacía él todo personalmente: incluso, en ocasiones, llegaba a barrer su laboratorio, para que no pudiera cometer algún estropicio involuntariamente.

Lester se pellizcó pensativamente el labio inferior.

—El laboratorio —repitió—. Quizá allí podríamos encontrar la solución...

—No lo creas —contradijo la muchacha.

—¿Por qué. May?

—Me he levantado muy tarde, como sabes. ¿Qué piensas que estuve haciendo hasta las cuatro de la madrugada? He examinado a fondo todos los papeles del profesor, pero no he encontrado la menor anotación que pueda darnos una mínima idea del asunto.

Bueno, puede que tengas razón, aunque sólo en parte, porque antes no sabías lo que buscabas y ahora si lo sabes.

—Buscaba esa caja...

—Buscabas algo sobre una caja muy peligrosa, pero no sabías en qué consistía su peligro. Ahora, me parece, ya lo sabemos.

May dio de pronto una patada en el suelo.

—Ese hombre sigue sin aparecer, liado estúpidamente con una furcia que no es sino una espía de Attell, ignorante de que Maisie sólo está a su lado para sacarle los secretos del aparato —exclamó rabiosamente.

—De todos modos, Attell está en desventaja: no tiene el prototipo —adujo Lester.

Ella contempló el aparato durante unos momentos. Luego dijo:

—Vic, ¿hace tanto daño como suponemos? —preguntó.

Lester entornó los ojos.

—Cuando se produjo el segundo tumulto en el Sphere, yo aproveché la ocasión para llegar al despacho de Perrods y llevarme el aparato. Sospechaba que estaba en su poder y resultó cierto. Pero entonces tenía encendida la lámpara roja.

—Eso quiere decir que alguien manipuló en la caja.

—Exacto. Tal vez trataban de averiguar su funcionamiento o sus efectos, pero no pudieron imaginarse que excitaba a la gente y les hacía perder el control de sí mismos.

—¿No te pasó a ti nada en aquel momento?

—Bueno, yo sentí, como en la otra ocasión, un ligero cosquilleo epidérmico, pero en aquellos instantes nadie me atacaba. Aunque si aticé dos golpes a unos tipos que me cerraban el paso, pero no continué pegándoles después: a fin de cuentas, sólo tenía en la mente la idea de buscar la caja.

—Y la encontraste, con la lámpara encendida.

—Justamente. Pero la apagué y escapé por la ventana que da a la zona de estacionamiento. Ahora tengo la seguridad de que esa lámpara estaba encendida también el día del primer tumulto en el Sphere.

—¿Y antes? También se produjeron otro incidentes... ¡No te pasó algo un día en que dos chicos se tirotearon salvajemente, como si estuviesen en el viejo Oeste? ¿No te rompieron un jarrón de un tiro?

Lester procuró recordar

—Sí, es algo difícil de olvidar —dijo—. El tiroteo entre aquellos pobres chicos, el asalto al Banco por la banda de los Peckew y su socio Neil Home...

De repente. Lester lanzó una exclamación:

—May, creo que ya he hallado la solución —dijo—. ¿No tendrás por ahí un plano de la ciudad?

—Voy a ver —contestó ella.

May entró en el apartamento y volvió a poco con un plano, que extendió sobre la mesa. Lester señaló dos puntos muy pronto.

—Aquí fue donde se mataron los chicos. Hubieran acabado así, de todos modos: ambos eran drogadictos y... El Banco está al otro lado, casi enfrente y... Mira, la calle Treinta y nueve, transversal a la del Banco y a menos de cien pasos de distancia. Entonces, recuérdalo. Voorhis estaba con Maisie...

—¿Crees que lo hizo él?

—Una cosa es segura: cuando se marchó con Maisie, llevaba la caja encima. Creo que hizo pruebas en algún momento de ocio... y esas pruebas coincidieron con el tiroteo del chico y el robo del Banco.

—Me parece que tienes razón —dijo la muchacha—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

Lester reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Perdona, voy a hacer una llamada.

May se quedó contemplando la caja con ojos fascinados. ¿Qué misterio encerraba aquel simple aparatito, capaz de enloquecer a las personas y convenirlas en bestias salvajes?

Casi no oyó la conversación que Lester sostenía con alguien. Al cabo de unos momentos. Lester dijo:

—Muy bien, inténtalo. Pero dile que vaya solo, aunque si no se fía de mí, puede llevar su pistola. Dile también que no se lo cuente a Perrods ¿Lo conseguirás?

—Eso espero, Vic —contestó Britt.

Lester colgó el teléfono y se volvió hacia la chica.

—May, ahora mismo vas a volver a casa del profesor y empezarás a hurgar de nuevo en el laboratorio. Ya sabes lo que tienes que buscar, de modo que puede que la tarca te resulte mucho más sencilla. Yo tengo que acudir ahora a una cita y no sé cuándo me despacharé, aunque pienso que estaré libre dentro de un par de horas, como máximo. Después me reuniré contigo en casa del profesor.

—Está bien —accedió ella—. ¿Qué hacemos con la caja?

Lester la contempló unos momentos. Luego, de repente, fue a la cocina y buscó un cuchillo pequeño. Inmediatamente, empezó a manipular en la tapa inferior.

Segundos después, levantó un trozo de cubierta equivalente a la mitad de la superficie. Contempló unos instantes aquel revoltijo de cables y artefactos que le resultaban absolutamente desconocidos y luego vio algo que le hizo sospechar había encontrado lo que buscaba. Instantes después, enseñaba un objeto de forma oblonga, de unos dos centímetros de largo, por uno de ancho y medio de grueso.

—La pila —dijo—. Sin energía, ningún aparato que dependa de la electricidad puede funcionar.

—Es decir, quieres que me lo lleve. ¿Y si me lo quitan?

Lester hizo saltar la pila en la palma de la mano.

—Apostaría a que el profesor la fabricó exclusivamente —sonrió—. Lo cual quiere significar que no hay dos en el mundo entero.

Cerró la caja, dio la vuelta y apretó la tecla. La lámpara roja permaneció apagada.

—May, al laboratorio —ordenó perentoriamente.

Ella se llevó una mano a la sien.

—Sí, señor.

* * *

Mickey Count entró recelosamente en la cafetería y miró a todas partes. Al fondo, sentado tras una mesa situada en el lugar más discreto, alguien le hizo señas con la mano.

Count se acercó a la mesa.

—Siéntese, Mickey —sonrió Lester—. Pida lo que quiera.

Count emitió un gruñido. Vino una camarera y le encargó un whisky doble.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Para qué quería verme a solas?

—Como puede comprender, no deseaba que lo supiera su jefe, aunque no me importa que se lo diga más tarde. Pero ahora prefiero que hablemos los dos con entera franqueza. No pienso detenerle ni impedirle que se marche después, ni tampoco tengo a nadie aguardando fuera para jugarle una mala pasada. He venido en son de paz, simplemente.

—Perfectamente. Empiece.

Lester se inclinó hacia adelante.

—Perrods buscaba una caja y la encontró en Hythana Beach —dijo.

—Yo no estuve allí —declaró Count instantáneamente.

—Lo admitiré. Mickey. Pero, dígame, ¿qué interés tenía Perrods en esa caja?

—Verá... creo que una vez estuvo el profesor en el Sphere... Yo recuerdo haberles visto hablando muy confidencialmente. Después, volvieron a encontrarse. Perrods reprochó al profesor haber incumplido el pacto. Voorhis dijo que había tenido mucho trabajo, ocupado en algo mucho más importante que lo que Perrods quería.

—¿Sabe de qué se trataba?

—Por lo que pude deducir, era un micrófono ultrasensible. Oí decir al profesor que podría captar el ruido de las patas de una mosca, al pisar en un cristal, a mil metros de distancia

Lester respingó.

—¡Demonios! ¿Para qué quería Perrods un chisme semejante?

Count lanzó una risita burlona.

—Hombre, imagínese... Va mucha gente al local y hablan de todos los temas imaginables. Ese chisme podría seleccionar una conversación y permitir escucharla sin el menor inconveniente, aunque hubiese una banda de borrachos tocando en el escenario y todo el público gritando y cantando a pleno pulmón.

—Hombre listo, tu jefe —se admiró Lester—. Escucha conversaciones, las graba, las almacena y un día, cuando le conviene, saca a relucir lo que escuchó y alguien afloja la pasta.

—No es mal método, pienso yo —respondió Count cínicamente.

—Desde luego, pero, ¿por qué tenía la caja en su poder?

—Hombre, se cansó de esperar al profesor y empezó a buscarla por su cuenta. La encontró... pero, por lo visto, no era el chisme que esperaba y prefirió dejarlo, en espera de echar el guante a ese chiflado.

—No se atrevió a destruirla, ¿verdad?

—A fin de cuentas. Perrods sólo quería arreglarse con el profesor, aunque, eso sí, con buenas cartas en la mano —sonrió el hampón.

—No me cabe la menor duda Lester pensó también en la solemne ingenuidad de Voorhis—. Pero Perrods no era el único que quería una cosa semejante.

—¿Se refiere a Caldwell? Tenía un soplón en el Sphere y se enteró del asunto. Caldwell era el dueño del Red Pelican. Competidor de mi jefe, para que lo entienda.

Lester se pasó una mano por la cara. Aquellos sujetos sin escrúpulos habían querido aumentar su poder y su fortuna por medios realmente sangrientos, pensó. Pero, en el caso de Perrods, se había producido

algo por su propia culpa.

—Mickey, el día del primer tumulto, ¿tocó alguien aquella caja?

—Sí, el jefe. Quería probar, insistiendo una vez más, si era lo que el profesor le había prometido construirle. Pero no dio resultado... Entonces, empezó el jaleo...

—A eso se llama justicia poética —dijo Lester.

—¿Cómo? —preguntó Count.

—Nada. Mickey. Hemos terminado y te doy las gracias más efusivas. No tengo inconveniente en que le cuentes nuestra conversación a Perrods. En todo caso, dile algo muy importante: aquella caja no era en modo alguno el micrófono ultrasensible que esperaba le construyese Voorhis.

—Pues... ¿qué era? —preguntó el hampón, muy intrigado.

—El demonio estaba encerrado en aquella maldita caja —respondió Lester, pensando en los horribles sucesos que habían llenado de sangre las calles de la población.

CAPÍTULO XII

May estaba sentada detrás del escritorio cuando entró Lester. La joven le miró inquisitivamente.

—Creo que ya sé por qué Perrods y Caldwell entraron en el juego —dijo.

—Interesante —repuso May—. Vic, allí está la cafetera.

—Gracias.

Lester se acercó a una consola, donde había una cafetera eléctrica conectada. Llenó un pocillo y luego se apoyó con el codo izquierdo en el borde del mueble.

—Por lo visto. Perrods encargó al profesor le construyera un micrófono ultrasensible —dijo, después de tomar unos sorbos de café—. Según Voorhis, con ese micrófono se podría escuchar el ruido que hace una mosca al caminar por un cristal y a mil pasos de distancia

—¿Y para qué quería Perrods un chisme semejante? —preguntó ella, estupefacta.

Lester se lo explicó. May meneó la cabeza.

—Vic, el profesor podrá tener muchos defectos, pero no le creo capaz de acceder a una proposición semejante —manifestó.

—Perrods si lo creía. Y Caldwell también. Este se enteró del asunto, porque había infiltrado un soplón en la cuadrilla de Perrods. Imagínate, enterarse de lo que dice tal o cual personaje, sin que éste se dé cuenta y creyendo, incluso, que nadie le escucha, y que está absolutamente seguro de que nadie puede oír lo que dice. Parece ser que no había defensa posible contra ese micrófono, ¿comprendes?

—Entonces, creían que la caja de la luz roja era el micrófono.

—Por lo menos Perrods. Caldwell no llegó a verla siquiera. Pero debía de estar muy cerca de conseguirla; por eso envió Perrods a dos de sus pistoleros para eliminar la competencia de Caldwell.

—Y todos esos sucesos en que nos hemos visto envueltos, eran el resultado de esa rivalidad.

—Exactamente, incluido el asesinato de Hoffman en el «Sevilla», a manos, sin duda, de algún matón de Caldwell.

—Bueno, casi se podría decir que todo está solucionado... excepto el paradero del profesor —exclamó la muchacha.

—Si hablaban de mí, aquí me tienen —sonó repentinamente una voz chillona.

May se levantó de un salto.

—¡Profesor! —gritó

Lester se volvió y entonces pudo ver por primera vez a Achilles Voorhis.

Voorhis entró, remolcando de la mano a una espléndida morena, a la que Lester reconoció en el acto. El científico parecía muy satisfecho.

—May, tengo que darle una buena noticia —manifestó—. Pero, ¿quién es el joven que la acompaña?

—Vic Lester, profesor —contestó el aludido—. Amigo personal de May y su compañero de penas y fatigas.

—Hemos pasado días muy amargos por culpa de su aparato —declaró May—. Es más, creemos conocer sus efectos...

—Ah, el APEC —dijo Voorhis—. No ha dado resultado; tendré que destruirlo. Quise hacer algo nuevo y resultó un terrible fracaso.

—¿Qué significa APEC, profesor? —preguntó Lester.

—Amplificador Potencial de Emisiones Cerebrales. Está basado en la energía eléctrica del cerebro, mediante la cual, como no ignoran, se pueden obtener los electroencefalogramas. Lo que yo quería era amplificar esa energía, para un sistema de comunicaciones mediante telepatía.

—¡Qué bárbaro! —se asombró Lester—. Y no lo consiguió.

—No. Hay algo que falla, no sé qué es y quizá no lo sepa nunca. Cuando funciona ese aparato, se produce una terrible excitación del cerebro, y ello puede provocar funestas consecuencias en el individuo, porque sería capaz de convertirlo en una bestia rabiosa. He tratado de encontrar la solución, pero no lo he conseguido. May, supongo que no habrá hecho funcionar ese chisme.

La joven cambió una mirada con Lester. Era evidente que Voorhis estaba completamente ignorante de lo sucedido.

Ya tendrían tiempo de explicárselo, pensó.

—No, profesor, no lo hemos hecho funcionar —contestó.

—Muy bien, entonces, lo destruiré...

—¿Piensa que se lo voy a permitir, profesor?

Lester se volvió y sintió que se le encogía el estómago al ver a Perrods en el umbral, armado con una pistola. Dos sujetos le acompañaban, y también estaban armados.

—¡Señor Perrods! —exclamó Voorhis.

De repente. Lester concibió una idea. Agarró la caja, avanzó unos pasos y la puso en manos de Perrods.

—Llévesela —dijo—. Funciona perfectamente.

Perrods sonrió.

—Me gusta su amabilidad, muchacho. Eso me evita tener que darles un serio disgusto, porque estaba dispuesto a todo, créanme.

Voorhis parecía estupefacto. Quiso decir algo, pero May lo agarró por un brazo y lo apretó con fuerza.

—El profesor no tiene inconveniente en que se lo lleve —dijo.

—Gracias, pequeña. Adiós, profesor. Adiós, señor Lester.

Perrods y sus sicarios desaparecieron rápidamente. Voorhis se volvió

hacia el joven.

—Señor Lester, ¿querrá explicarse...?

Fuera, en la calle, retumbó de pronto una voz que brotaba de un altoparlante:

—¡Están rodeados! ¡Tiren las armas!

Sonaron un par de disparos. Alguien lanzó un agudísimo chillido

—¡No, idiota...!

Estalló una salva de disparos. Todos los que estaban en el interior de la casa se agacharon rápidamente.

El tiroteo duró unos segundos. Luego sobrevino un denso silencio.

Alguien llamó a la puerta. Lester abrió.

Había un policía en el umbral, con un objeto en las manos.

—Perrods se llevaba este chisme de aquí, creo —dijo.

—Así es, agente...

—Sargento Melkton, señor. Hacía tiempo que seguíamos a Perrods. Creíamos que era el culpable de la matanza de Hythana Beach. Debía de serlo, porque no quiso entregarse.

—¿Qué le ha pasado, sargento?

—Él y sus dos compinches están muertos, señor.

* * *

Voorhis puso los brazos en jarras y se encaró furiosamente con Lester.

—Jovencito, ¿quiere explicarme con qué permiso dio a Perrods algo que no le pertenecía en absoluto?

—El conteo estaba así: ellos, pistolas, tres; nosotros, pistolas, cero —sonrió Lester.

—Compréndalo, profesor —intervino May—. Era lo mejor que se podía hacer en aquellos momentos.

—Pero Perrods se habría dado cuenta bien pronto de que no era lo que quería —alegó Voorhis.

—Yo habría encontrado el medio de solucionar el conflicto —aseguró el joven—. En los últimos tiempos, he adquirido una gran experiencia en toda clase de problemas difíciles.

—¡Hum! —gruñó Voorhis—. Podía haber hecho funcionar ese cacharrito...

—No tenía batería, profesor.

Voorhis se quedó con la boca abierta.

—Yo se la puse... una especial, ideada por mí, que puede durar diez años...

—Será mejor que patente esa batería y se deje de amplificadores de ondas telepáticas y tonterías por el estilo —aconsejó Lester—, Y, por supuesto, no se le ocurra siquiera construir un micrófono ultrasensible. ¿Sabe para qué lo quería Perrods?

—Ah, estás enterado del asunto del micrófono.

—Sí, profesor. Usted se lo iba a construir...

—Nada de eso. En un principio, me pareció sincero, pero luego me di cuenta de que era un granuja. Maisie, además, me contó muchas cosas de él, así que desistí de la idea.

—Ah. Maisie, la espía —exclamó la muchacha.

—¿Cómo dice usted, señorita Hickock? —preguntó Maisie belicosamente.

De repente, alguien entró en la estancia.

—¡Maisie! ¿Dónde te habías metido? —gritó el recién llegado—. Estuve buscándote como loco...

—¡Attell! —esclamó el joven.

Attell se volvió.

—Sí, yo, ¿qué sucede? —preguntó, agresivo.

—Muy bien —dijo Lester—. Ya que está aquí, llévase a su espía. Profesor, despida a la mujer que tiene al lado.

—¡Ese hombre se ha vuelto loco! —gritó Maisie.

—¿Por qué tengo que despedirla, Vic? —quiso saber Voorhis.

Lester señaló a la morena con el brazo.

—Es la espía de ese hombre —acusó.

Voorhis se echó a reír.

—Iba a serlo, pero abandonó la empresa —explicó—. Señor Attell. Maisie me lo contó todo. No se lo tome a mal, pero... se pasó a mi bando.

—Maisie, eso es una mala jugada —protestó Attell—, Hicimos un trato, recuérdalo.

—No hubo trato. Me lo ordenaste tú —repuso ella fríamente—. Pero cuando empecé a conocer a Achilles, me di cuenta de la clase de hombre que era y decidí no traicionarle.

—Le llamas por su nombre...

—¡Claro, es mi esposo!

Attell se tambaleó. Voorhis pasó un brazo posesivamente por la cintura de la joven morena

—Ella fue absolutamente sincera conmigo y no me ocultó nada. Hay cierta diferencia de edad, pero no nos importa, así que hace tres días nos casó un juez al otro lado de la frontera, en Méjico. Ella es ahora la señora Voorhis.

Attell bajó la cabeza y se marchó. Lester se acercó al profesor.

—Felicidades a los dos —dijo.

—Gracias, muchacho. May, tendrá que explicarme cómo ha permitido que el señor Lester esté en una casa que no es la suya.

—Sí, profesor...

Lester hizo un ademán.

—Perdón, profesor; las explicaciones, mañana —dijo—. De momento, sólo mencionaré una cosa: esta chica ha estado a punto de morir por

su causa, y no precisamente de amor, así que le prohíbo que le haga el menor reproche

—¡Estoy en mi casa y digo lo que quiero! —barbotó el científico.

—¡Y yo no tolero que...!

De repente. Lester se puso una mano en la frente.

—Perdone, profesor, aquí está sucediendo algo extraño

—dijo.

Examinó la caja y vio que tenía la tecla bajada, aunque la luz roja no estaba encendida.

—No debería funcionar, y sin embargo, parece que esté funcionando...

—Sin duda, queda algo de energía residual —dijo Voorhis.

—Comprendo —murmuró Lester.

De pronto, arrojó la caja al suelo y empezó a saltar sobre ella, hasta que la hubo reducido a minúsculos fragmentos.

—Se acabó —dijo poco después—. Ya no habrá más APEC, profesor Pero, ¿se dio cuenta? Estuvimos a punto de pelearnos...

—Tienes razón, muchacho; era algo muy peligroso. Perdóneme...

—No se preocupe —sonrió el joven—. Profesor. May y yo le contaremos muchas cosas mañana. Ahora tenemos algo importante que hacer. Encantado de conocerla, señora Voorhis.

—Es un placer, señor Lester —sonrió Maisie.

Lester y la muchacha salieron al jardín. May se sintió de pronto rodeada por los brazos del joven.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella, sonriendo

Lester hizo presión con los brazos. May protestó.

—Eh, me estás cortando la respiración...

—Una vez te dije que eras un sello de Correos.

—Sí, pero no entendí...

—Parecía que no ibas a despegarte de mí.

—Conque era eso —sonrió la muchacha.

—Sí. ¿Quieres seguir siendo mi sello de Correos por toda la vida?

—Hombre, no es una forma muy romántica de oír que la piden a una en matrimonio... pero peor sería no oírlo —contestó ella riendo.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII